



UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
PROGRAMA DE PSICOLOGIA
ÁREA DE SALUD, CONOCIMIENTO MÉDICO Y SOCIEDAD
LÍNEA DE CONFLICTO SOCIAL, SALUD MENTAL Y SUFRIMIENTO

LIVING YOUNG AND WILD AND FREE

Historias sobre la experiencia de la “rehabilitación”

Presentado por

LAURA MILENA JURADO JIMÉNEZ

Tutores

CLAUDIA PLATARRUEDA

CARLOS MOLINA

JOSÉ ZAPATA

Bogotá, D. C., junio de 2016

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	3
EL ANATEMA DE LA SOCIEDAD	3
Las SPA, el fenómeno que mueve masas	4
Las SPA y los anatemizados	8
CUESTIONES INVESTIGATIVAS, CONOCIENDO AL OTRO.....	10
CAPÍTULO I. <i>LIVING YOUNG AND WILD AND FREE</i>	14
MAURICIO	14
Su Historia. <i>¿So, what?</i>	15
CAMILA	22
Su historia. <i>“Good girl, gone bad”</i>	23
HERNÁN	29
Su historia. <i>“No more tears”</i>	30
JEISSON	35
Su historia. <i>“Too late”</i>	35
CAPÍTULO II. YO FUMO, TÚ FUMASTE, ELLOS DICEN QUE NO FUMAN	40
PARA ELLOS SOY	44
La gente de este país	45
¿Dónde estaba?	48
PARA TI SOY	52
Mis vecinos	53
Mi familia	55
PARA MI SOY	60
Nosotros somos.....	60
Yo soy	65
CAPÍTULO III. CUANDO HABLAMOS CREAMOS REALIDAD	69
Bibliografía.....	88

INTRODUCCIÓN

"¡Ay! ¡Quién nos contará la historia completa de los narcóticos! Ella es punto menos que la historia de la 'formación', de lo que suele llamarse civilización"
(Friedrich Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft*, p. 86).

EL ANATEMA¹ DE LA SOCIEDAD

Desde tiempos inmemorables las sustancias psicoactivas (en adelante SPA) han estado presentes en la cotidianidad del ser humano, han sido utilizadas en diferentes culturas y tradiciones, haciendo de esta experiencia algo tan antiguo como la humanidad. Inicialmente, se trataba de una manera de acercarse a las diversas deidades, o para alcanzar algún estado superior; pero desde hace ya un largo tiempo, el consumo de SPA se convierte en una práctica de ocio, el cual se ha extendido por todo el mundo.

Muchas veces, al caminar por las calles de Bogotá o de cualquier otra ciudad, es posible sentir ese olor tan característico de la SPA ilícita más consumida en Colombia, la marihuana (UNDOC, 2014). Pero, ¿qué piensa la sociedad al respecto? Al tratarse de una sustancia ilícita, su consumo constituye un delito y no debería -de algún modo- ser tan cotidiana como lo es. ¿Es entonces el consumo de SPA un problema a nivel social?, ¿es un problema a nivel personal? Es cierto que para muchos sí lo es; sin embargo, para muchos otros, no es así. Por tal razón, y como interés investigativo dentro de mi formación, hablaré del anatema de la sociedad refiriéndome al consumo no solo cómo un tabú y algo mal visto para algunos, sino como una parte de la vida de otros.

¹ Dícese de la condena moral, prohibición o persecución que se hace de una persona o de una cosa (actitud, ideología, etc.) que se considera perjudicial (RAE, en línea). Uso esta referencia para referirme a la condena moral que se hace del consumo de las SPA dentro de la sociedad.

Es la ambigüedad de SPA ilegales, convertidas en tabú pero tan presentes en nuestra cotidianidad, lo que me impulsó a indagar sobre el consumo de SPA a través de los relatos de experiencias de personas que estuvieron o están siendo tratadas dentro de algún centro de rehabilitación. Pero antes es necesario dejar claro como entenderé las SPA y como a su vez están tipificadas desde una mirada que, a mi modo de ver, niega las experiencias de las personas que compartieron sus historias conmigo.

Las SPA, el fenómeno que mueve masas

Si revisamos el concepto de SPA según la Organización Mundial de la Salud (OMS), encontraremos la siguiente definición:

“Una sustancia (natural o química) que, introducida en un organismo vivo por cualquier vía de administración (ingestión, inhalación, por vía intravenosa o intramuscular), es capaz de actuar sobre el cerebro y producir un cambio en las conductas de las personas debido a que modifica el estado psíquico y/o los procesos mentales -experimentación de nuevas sensaciones-” (OMS, 1994, p. 58).

En términos de frecuencia y porcentaje global, la United Nations Office on Drugs and Crime (UNODC) estima que, en el año 2012, alrededor de 243 a 324 millones de personas en el mundo han utilizado alguna sustancia ilícita en su vida; lo que corresponde a un 5.2 por ciento de la población mundial entre los 15 a los 64 años. Se calcula que en el 2019 habrá de 16 a 38 millones de consumidores problemáticos en el mundo; esta cifra concierne a una proporción de entre el 10 y el 15% de todas las personas que consumieron drogas ese año (United Nations, 2014).

Dentro de estas cifras se observa que solo entre el 12% y el 30% de los consumidores problemáticos recibieron tratamiento, es decir, que entre el 11 y 33,5 millones de consumidores problemáticos no recibieron tratamiento ese año (United Nations, 2014). Es decir que una de cada seis personas consideradas como consumidores problemáticos recibió tratamiento. Cabe aclarar que la UNDOC no tiene como tal una definición estándar cuando se refiere al consumidor problemático ya que, según ellos, su condición puede variar según cada país y referirse a consumidores de alto riesgo, como los consumidores de drogas por inyección, los consumidores diarios y las personas diagnosticadas de trastorno de consumo o drogodependencia, si se siguen los criterios clínicos de la *Clasificación internacional de enfermedades* (décima revisión) de la Organización Mundial de la Salud (OMS, 1994, en adelante CIE-10), así como del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (cuarta edición) de la American Psychiatric Association (APA, 2013, en adelante DSM-4²), o en cualquier criterio o definición análoga aplicable (United Nations, 2014).

En el caso de Colombia se considera que un consumo problemático está asociado a personas dependientes y abusadoras, según criterio del DSM-4; es decir que, para el caso de Colombia, aproximadamente 484 mil personas están en condiciones de requerir algún tipo de asistencia para disminuir o dejar el consumo de drogas. Esta cifra representa un 57,7 % de la población de consumidores, lo cual quiere decir que, en términos generales, de cada dos consumidores de drogas uno tiene algún problema con el consumo, ya sea de orden físico, psíquico, familiar o social, tanto en varones como en mujeres, esto según el reciente *Estudio nacional de consumo de sustancias psicoactivas de Colombia* (UNODC, 2013).

Estas definiciones provenientes del CIE-10 y del DSM-4 (APA, 2013), plantean el fenómeno de la adicción y el consumo como un problema médico que posee dificultad, que tiene consecuencias sociales y que debe ser intervenido

² Durante el transcurso de la investigación, fueron utilizadas las definiciones para el trastorno por abuso de sustancias del DSM-4, Sin embargo en la actualidad debe utilizarse la actualización del mismo; DMS-5, el cual ha considerado tomar bases mas generales para este trastorno.

desde una consideración especial de salud pública, ya que se considera que trae consecuencias para la vida tanto del consumidor como de quienes comparten su contexto social.

Se considera el abuso de sustancias como un problema de orden social y de salud, ante lo cual se hizo necesario normatizarlo a partir del DSM, donde se define al fenómeno de la adicción a las SPA como un *trastorno* asociado al abuso de sustancias. En esta definición se tratan diversos criterios, diferenciando la dependencia del abuso, de la intoxicación y de la abstinencia de estas. A saberse, primero; el abuso de la dependencia, hace referencia a:

“(...) un patrón desadaptativo de consumo de sustancias que conlleva un deterioro o malestar clínicamente significativos, expresado por uno (o más) de los siguientes ítems: consumo recurrente que hace incumplir deberes, o donde haya situaciones de riesgo físico, problemas legales, y finalmente el continuo consumo a pesar de problemas sociales e interpersonales, que se presenten durante un período de 12 meses” (DSM-4, p. 188-189).

Frente a la intoxicación por sustancias el DSM-4 se refiere a:

“(...) la presencia de un síndrome reversible específico de una sustancia debido a su ingestión reciente, y cambios psicológicos o comportamentales desadaptativos clínicamente significativos durante el consumo de la sustancia o poco tiempo después” (DSM-4, p.190-191).

Mientras que para la abstinencia, los criterios hacen referencia a la:

“(...) presencia de un síndrome específico de una sustancia debido al cese o reducción de su consumo prolongado y en grandes cantidades y el síndrome específico de la sustancia causa un malestar clínicamente

significativo o un deterioro de la actividad laboral y social o en otras áreas importantes de la actividad del individuo” (DSM-4, p.186-187).

De tal forma, si se toman como base los criterios que describen la dependencia de sustancias -teniendo en cuenta que el imaginario que la sociedad utiliza para describir a un “drogadicto” es que éste sea dependiente de una sustancia-, se hablaría desde el DSM-4 que una persona se tiene un trastorno por abuso de sustancias (TAS) en el momento en donde existe:

“(...) un patrón desadaptativo de consumo de la sustancia que conlleva un deterioro o malestar clínicamente significativos, expresado por tres (o más) de los siguientes ítems: tolerancia, abstinencia, aumento de la toma de la sustancia, constante deseo y esfuerzos de interrumpir su consumo, aumento del tiempo para conseguir la sustancia, reducción de actividades sociales importantes y finalmente el continuo uso de la misma a pesar de tener conciencia de que la sustancia es causante de problemas tanto psicológicos como físicos, que se presenten en algún momento de un período continuado de 12 meses” (DSM-4, p. 190-191).

Al tratarse de personas inmersas en un contexto institucional, es relevante conocer las políticas públicas que existen alrededor del fenómeno. En el *Cuaderno de Doctorado. Salud mental: problema y reto de la salud pública* (Molina et al), se hace un acercamiento a lo que debería hacer y responder el gobierno con el fin de establecer una situación de salud más favorable para la colectividad; ya que al hablar de salud pública se hace referencia a dicha colectividad. Al reflexionar, pudiera pensarse que todo modelo de política pública que intervenga en la sociedad debería implicar una necesaria mirada a la singularidad, donde cada historia social es diferente y requiere de un abordaje distinto, un proyecto de intervención singularizado. Es allí donde entran en juego las instituciones de rehabilitación, que, aunque en algunos casos son creadas con base en los criterios de las políticas públicas, en otros difieren de los mismos parámetros, lo

que lleva a la necesidad de observar y evaluar las diversas instituciones y las maneras en las que éstas elaboran de manera discursiva y de acción sus formas de intervención sobre dichas experiencias singulares.

Las causas que pueden llevar a que una persona consuma drogas por primera vez pueden ser diversas. Así, factores biopatográficos, personales, entornos contextuales, circunstancias ambientales, histórico-culturales, e incluso varios de estas situaciones, en conjunto, estimulan a la persona a iniciar el consumo. A partir de ese primer contacto, que el consumo continúe o no dependerá de que aquella sea una experiencia positiva, ya que mientras más positiva sea la primera experiencia –sea por gratificación propia, aprobación social o sensaciones positivas, al igual que haya sido por escapar de circunstancias negativas–, mayor probabilidad habrá de continuar el consumo y de mantenerlo; dado que, en general, cuando el primer consumo llega a ser positivo se aumentan las probabilidades de llegar a un trastorno por abuso de sustancias psicoactivas - TAS (OPS, 2003).

El mantenimiento del consumo evoluciona en el tiempo según la cantidad y frecuencia de consumo, igual la manera en que se dé el consumo mismo; es decir, iniciando con solo el uso, pasando por abuso, llegando a dependencia, para llegar a un TAS; presentándose el síndrome de abstinencia y posiblemente del cambio en la vida de la persona (personal, social, laboral, familiar, académica, etc.), ya que, en el consumo continuo, la persona cambia y reorganiza todo su contexto muchas veces con el fin de conseguir la droga y consumirla (OPS, 2003).

Las SPA y los anatemizados

Es necesario en este punto de la discusión preguntarse ¿qué es un “adicto”? El imaginario social refiere generalmente al adicto como una persona que tiene como prioridad consumir SPA antes que asumir su responsabilidad con su

familia e, incluso, con su propio bienestar, tanto físico como mental. Más aún, para muchos, ser adicto es sinónimo de ser delincuente, de vivir en la indigencia, de falta de educación, entre otras múltiples atribuciones de inadecuación social.

Esta forma en que se describe el ser un adicto en el imaginario social no solo nombra por nombrar o hablar sobre el tema, “si no que en un sentido muy real convoca a ser como uno lo ha nombrado” (Pearce, 2002, p. 271). Entonces, esta forma de nombrar a las personas consumidoras, como adictos, no solo remite a la mejor representación en palabras, sino que, por el contrario, construye lo que termina siendo la persona señalada como adicta. Es así que cuando se dice quién es un “adicto” no se trata solo de la acción de transmitir un mensaje, sino que aquella acción remite a la construcción de mundos humanos, se trata de un proceso constructivo (Pearce, 2002, p. 128) que se da en la práctica.

Socialmente se compara a los consumidores con los no consumidores, lo que coloca a los consumidores en una posición social distinta al resto, los convierte en personas diferentes y muchas veces inferiores. La connotación de adicto, o de consumidor de SPA, marca de manera negativa la vida de las personas, ya que se las convierte en seres depuestos, se les convierte en seres con imposibilidad social, ya que no son considerados como sujetos (en los términos normativos de persona socialmente aceptada) al momento en que no tienen capacidad, supuestamente, de hablar o actuar de manera consiente y/o autónoma. Siguiendo a Pearce, esto no solo sucede dentro de los ámbitos sociales, sino en las investigaciones o en aspectos académicos (Pearce, 2002, p. 132).

Esto conlleva a percibir a los consumidores como anatemizados en la sociedad porque son personas a las que se les considera objeto perjudicial, y se les condena moralmente, ya que en la sociedad existe siempre una necesidad de censurar a aquellos que se desvían de lo que es o no asumido como aceptable desde el punto de vista social y cultural (Rubio, [s. f.]).

Si bien el primer consumo es dado por ocio, por diversión, por experimentación o por sentir algo nuevo, ¿en qué momento el consumo pasa a constituirse en esa necesidad de continuar el consumo a manera de círculo infinito?, y ¿qué pasa luego de esto? Además de los cambios que puede tener una persona con TAS, a nivel físico, familiar, personal, mental, ¿en qué momento entran en juego las instituciones?, ¿de qué manera lo hacen? Lo más importante: ¿cómo responden las personas inmersas en instituciones de rehabilitación al “tratamiento”?, ¿cómo lo perciben?, ¿cambia algo en su realidad o su relación con las SPA?

Si bien me posiciono desde la mirada construccionista de Pearce, es posible hablar de los fenómenos de acuerdo con roles de género, raza o clase social; pero esto no es porque algunos de nosotros tengamos ciertos atributos que otras personas no tienen, sino que, por el contrario, a algunos se nos ha permitido participar de cierta manera en ciertos juegos sociales y a otros no, generando así que, al constreñir cierta acción, o facilitando o limitando, se está haciendo lo mismo con el desarrollo humano (Pearce, 2002, p. 275).

CUESTIONES INVESTIGATIVAS, CONOCIENDO AL OTRO

Debido a que se ha determinado socialmente al uso de sustancias psicoactivas (SPA) como un *fenómeno* que se identifica como problemático en la sociedad, he querido realizar mi investigación en torno a comprender las diversas perspectivas de personas consumidoras acerca de su experiencia de consumo y de su relación con las instituciones que ofrecen tratamientos de rehabilitación frente a la adicción a SPA en las han participado como afiliados o pacientes.

Para poder desarrollar esta investigación trabajé con diez personas que quisieron contarme sus historias de vida a través de narraciones de su experiencia

en el consumo de SPA y en el proceso de rehabilitación en alguna institución. Sin embargo, tomé como protagonistas de mi aproximación los relatos de cuatro personas: Mauricio, Camila, Hernán, y Jeisson³, los cuales podrán leer en el primer capítulo. Junto con sus historias comencé a realizar el análisis que me permitió comprender el fenómeno del consumo desde la percepción del sujeto mismo.

Mi aproximación a la experiencia del sujeto ha sido de carácter fenomenológico, entendiendo que es el estudio del fenómeno, siendo la descripción del objeto -a lo que de éste aparece, sin teoría, opiniones ni valoraciones (por intuición)-. Es la tarea de ir a la cosa misma, que existe ya por intuición; lo importante es el modo como esto se nos aparece en la conciencia; indagar cómo son las cosas para una conciencia; es el modo de estar presente ante una conciencia cognoscente (Botero, 2010). En este caso el fenómeno a estudiar es la *adicción*, abordado desde la experiencia sensible, en primera persona, de las personas con las que conversé, lo que fue posible realizar a partir de diez entrevistas a profundidad.

Para el análisis utilicé la teoría fundamentada, para lo cual codifiqué y categoricé los datos recogidos para llegar al resultado que fundamentó el objetivo propio del proyecto. Al inicio del proyecto, quise trabajar con una institución específica, pero debido a dificultades, tomé la decisión de aproximarme a posibles los participantes por el procedimiento de bola de nieve, de manera que todos los entrevistados pertenecieron a un centro de rehabilitación diferente por consumo de SPA, lo que me ha permitido hablar de la institución en términos generales sin que sea posible por el momento la comparación entre experiencias tan variadas.

Sin embargo, al terminar de recolectar los diversos relatos comprendí que el discurso de cada uno de los sujetos está fuertemente relacionado con su experiencia dentro de cada institución, lo cual crea una posición, una perspectiva

³ Utilizo seudónimos para proteger la identidad y el derecho a la intimidad de los participantes.

particular sobre el fenómeno, formando construcciones discursivas divergentes, vinculadas con la experiencia particular y que se entrelazan una misma narrativa. En dichas construcciones narrativas se crean categorías que responden a la propia forma de entender y abordar el fenómeno, haciendo relevante –después de eso– el interés investigativo, no ya en torno a la narrativa institucional, sino a la presencia de la institución en la construcción discursiva del sujeto a la adicción. Entonces, la investigación cuenta la historia de aquellos que al hacer parte de las instituciones de rehabilitación ya hacen parte de los anatemizados por la sociedad.

Los relatos que presentaré permitirán visibilizar el intercambio de posibilidades humanas y no de certidumbres establecidas, permite escuchar la voz del otro, reconstruir la historia con los de abajo y efectivamente comprender un fenómeno desde la diversidad y la vivencia misma del sujeto. En los relatos de Mauricio, Jeisson, Camila y Hernán evidencio cómo el yo cuenta historias, en las que aparece delineado el sujeto, por eso son relatos de tipo biográfico construidas en medio de un ejercicio etnográfico que permitió adentrarme con mayor flexibilidad y empatía en la experiencia vivida y narrada de los participantes.

Lo que realmente me interesó de este ejercicio es el hecho de que el ser humano como ser social necesita afecto, comprensión, compañía; necesita al otro, necesita de la relación con los otros. Sin embargo, el hombre moderno es de los más solitarios en la historia; debido a que sus prioridades han cambiado por un modelo de vida establecido desde una perspectiva capitalista y moderna. De este modo, lo más importante hoy en día es la acumulación de riquezas; dando lugar a la ruptura en la que el ser humano -a pesar de ser un ser social- se siente muchas veces solitario, y aburrido de una sociedad de egoísmo.

El trabajo de campo, no solo me situó en una ciudad, sino que me permitió conocer a los sujetos dentro de los contextos en los que se desarrollaban. Realizar estas entrevistas por fuera de los espacios de las instituciones me dio la libertad de poder ir más a fondo en sus historias y me permitió, incluso, ser parte de la

historia, como interlocutora, más allá de solo ganar el lugar neutro de una investigadora. Desde la mirada del construccionismo social, esta forma de relación me permitió comprender que lo que se hace, se dice y se produce en un momento dado, por ser considerado en su contexto, gana su relevancia por ser aquello que fuera del contexto no tendría significado.

CAPÍTULO I. *LIVING YOUNG AND WILD AND FREE*

*“So what we get drunk, so what we smoke weed,
we' re just having fun, we don't care who sees.
So what we go out, that's how its supposed to be,
living young and wild and free”*
(Snoop Dog, Wiz Kalifa, Bruno Mars).

MAURICIO

Nos encontramos un sábado en un parque ubicado en la parte de atrás de Bulevar Niza. Él es amigo de un amigo mío, no nos conocemos, pero lo distingo de inmediato; sentado en una banca con su cresta de lado, sin peinar, chaqueta de cuero llena de taches, *jean* entubado y algo que parecían como botas Brahma pero bastante acabadas. Lo saludo y le digo: *-Hola, soy Laura*. Él me mira y me dice: *-Hola*. Me siento y él me ofrece un cigarrillo (fumamos el mismo, menos mal). Me mira, y me pregunta: *-¿Y entonces qué es lo que tengo que hacer?* Le explico que yo estudio psicología, que me gustaría que me ayudara con una entrevista para mi tesis de grado, que es sobre el consumo y la rehabilitación, que me gustaría conocer sobre él un poco, sobre su vida, su experiencia con el consumo de SPA y la rehabilitación de la que me había hablado nuestro amigo en común. Me dice: *-Listo, todo bien, pero vamos por un six pack y cigarros que ya no tengo, ¿si se puede?* Le digo: *-Sí, claro*. Son las cuatro de la tarde y me pregunta: *- ¿Quieres una pola?*, a lo que yo acepto, compra un *six pack*, cigarrillos y ¡media botella de aguardiente! Yo no digo nada. Volvemos al parque, me da una cerveza y al sacar la media me dice: *-Es sábado y está haciendo frío*”. Me río y digo: *-Ok...*

Su Historia. ¿So, what?

Desde pequeño me han dicho que soy el rebelde, el desobediente, la oveja negra de la familia y me parece chistoso porque solo lo dicen por lo que uno es, o sea, como diferente a ellos, pude haber pasado por varios colegios, pero me gradué de un colegio prestigioso, sin perder un solo año, solo algunas materias que recuperaba a fin de año y si cambiaba de colegio era por comportamiento, por notas en el observador, por no hacer caso, por joder en clase, pendejadas de los colegios. Ahora tengo veintiséis años y vivo con mis papás, nada más, soy hijo único, y pues ellos son personas más bien relajadas; mmm, bueno, a ratos, porque me la llevo bien con ellos, pero muchas veces dicen que nunca me voy a regenerar y que así no voy a conseguir trabajo. [Mauricio dice esto señalándose la ropa, la cresta, y riéndose].

(...) Ellos creen que porque me gusta salir y farriar y, bueno, llegar borracho, o a veces ni llego, creen que en algún momento voy a terminar de indigente o muerto o no sé qué carajos se les pasa por la cabeza... [Continúa sonriendo de una forma casi satírica]. Y eso es una mamera porque no solo es la familia de uno. En este país la gente es como muy cerrada, muy hipócrita, muy tonta. A uno lo miran todo paila en la calle primero por la pinta, cuidado tiene uno una chaqueta con taches, o una cresta o el pelo de colores, tatuajes, boticas, bueno toda esa estética *punk*. ¡Ahora imagínese que lo vean a uno así y fumándose un porro! Nooo, eso es cadena perpetua para todo el mundo... [En este momento veo como su sonrisa ha disminuido levemente y sube el tono de su voz]. ...Y ellos no saben que uno también estudia y vive bien y trabaja; yo, por ejemplo, aquí donde me ve todo crestudo y encuerado... [Vuelve su sonrisa pero esta vez es una sonrisa de orgullo, como si quisiera demostrar que lo importante va más allá de lo que los sentidos básicos alcanzan a percibir].

(...) Me gradué de una universidad prestigiosa de una carrera de ciencias naturales y ahorita estudio una maestría en la misma universidad, soy parte de

varios semilleros de investigación y trabajo con una universidad prestigiosa en un proyecto para recuperar los terrenos dañados por las fumigaciones que hacían en el Catatumbo para erradicar los cultivos de coca, pero se tiraron todo el terreno de los campesinos con eso y estamos trabajando para encontrar microorganismos que ayuden a recuperar esas tierras y vuelvan a ser fértiles...

[En ese momento había llegado una amiga mía que no se quedó mucho tiempo y abrió los ojos como sin creer lo que escuchaba y él lo noto. En mi mente pensaba que de alguna manera ese gesto iba a afectar la forma en la que estaba fluyendo la conversación; conversación, digo, porque en algún momento dejó de ser una entrevista semiestructurada; teniendo en cuenta el contexto en que nos encontrábamos desde el principio nuestro encuentro terminó siendo fortuito, dos personas conociéndose en un espacio informal. Afortunadamente su reacción fue todo lo contrario, soltó una pequeña carcajada y siguió].

(...) Ja, ja, ¿si pillá?, nadie cree, pero aquí está mi carnet y si quiere le traigo el diploma de la universidad. Vivo aquí en Niza y ya, lo único que hago es que me gusta fumarme un porro de vez en cuando, meter perico si estoy muy borracho, depende de la farra me como un ácido o lo que sea que me ofrezcan o que tengan a la mano y aun así en lo que hago nadie tiene quejas de nada, soy uno de los mejores en clase y eso... Entonces cuál es la maricada de la gente de... porque lo ven a uno vestido diferente, escuchando algo diferente y de venir a juzgarlo a uno y a mandarle la tomba y hasta algunos se alejan cuando uno va pasando...

(...) La primera vez que probé algo fue en el conjunto donde vivo; los grandes siempre se juntaban en el parque del conjunto y tomaban y fumaban. Y yo era más pequeño, pero me gustaba el *punk* desde muy pequeño y ellos escuchaban *punk* y me gustaba todo con respecto al *punk*, sus ideales, la ropa, la música, todo, así que empecé a hablar con ellos y empecé a tomar y a fumar cigarrillo, como a los catorce años; ellos tenían como veinte y pues un día me

dijeron que si quería fumarme un porro y yo: -¡*De una!*, Me gusto restó, me sentía como tranquilo, no sé, como que mis ojos se hinchaban y daba como sueño pero sin dormir. Esa vez me reí muchísimo, todo me daba risa, después me dio mucha hambre y al final dormí como un bebé... [Así entiendo que su primer contacto con el consumo de SPA fue una experiencia satisfactoria].

(...) Y pues desde ahí quise buscar cosas parecidas, como para ver qué sentía, y seguí con el perico, el *Dick*; hasta metí *bóxer* y gasolina; mejor dicho, de todo, solo me falta probar heroína, pero esa si me da vaina porque esa si lo vuelve a uno re adicto. Y bueno, la vaina fue que, aunque yo siempre había sido la oveja negra en la familia, mis papás empezaron a notar que yo llegaba raro casi todos los días, y empezaron a joder y joder y hacerme preguntas, hasta que un día llegué y encima de la cama estaba mi bolsita de marihuana, con la pipa y una bolsa de perico. Eso fue hace ya... hace dos años, yo no sabía qué hacer ni qué decir, porque, bueno, ya tenía veintitrés años y estaba ya en octavo semestre, que era el último, pero me sentí como un niño pequeño que había hecho algo terrible y tenía severo miedo de ver a mis papás. Me quedé en el cuarto, no quería bajar porque preciso estaba re turro [drogado], y entró mi mamá y se quedó mirándome con una mirada que jamás voy a olvidar, era como una tristeza muy cerda, como una decepción horrible, como si se hubiera enterado que dios no existía o algo así muy trágico. Y pues obviamente eso me dolió más que todo lo que me dijeron ese día...

(...) Y pues, la vaina fue que me dijeron que qué era eso, que de dónde lo sacaba, que no pensaban que yo fuera tan tonto de meterme en esos vicios, mejor dicho; y una encrucijada, que dónde, cuándo, cómo, porqué y bueno, el caso es que terminé aceptando todo, que sí metía de todo, que desde hace mil años, bueno, una pelea tenaz que, en serio, a los veintitrés años no pensaba tener. Entonces mi mamá dijo: -¡*Centro de rehabilitación!* Y me cagué de la risa, pero de una con las miradas me callaron y accedí, accedí por ellos, no por mí, porque yo sabía qué metía, cuánto, cuándo y cómo. Entonces, muy al otro día, llamaron a

una vaina que tenía un nombre gracioso. Ja, ja. ¿Te imaginas ese nombre? Apenas me dijeron el nombre simplemente me reí, internamente, obviamente, y, pues, bueno, fuimos. Entró mi mamá conmigo y yo me volví a sentir como un niño pequeño cuando los directores llamaban a mis papás y me llevaban a dar quejas, mejor dicho. Yo pensaba ¿qué carajos estaba haciendo allá, tan grande? Yo ya tenía edad, hace rato, de saber qué hacer con mi vida y mis cosas, yo respondía en la casa, en la universidad, menos los fines de semana de pronto, pero siempre avisaba donde estaba y bueno...

[Entre tanto yo me preguntaba porque los jóvenes siempre tenemos un deseo, la necesidad, de ser tratados como adultos o ser vistos como “adultos”. Bueno, ya lo somos, somos adultos jóvenes, pero en cuestiones como estas existe una delgada línea entre lo que para nosotros como jóvenes significa ser tratado como tal. “Creen que soy un culicagado que no sabe nada de la vida”, mientras lo que yo pienso de mí es que soy un adulto que controla su propia vida y sabe que toda acción tiene consecuencias].

(...) El caso es que me llevaron y por andar tan puto casi ni le puse cuidado a la vieja con la que hablaba mi mamá, y mi mamá quería meterme a vivir allá, y eso eran cuatro meses. Entonces yo dije de una que no, la vieja sacó a mi mamá y empezó a hablar conmigo y pues le dije que sí, que me gustaba meter de todo un poco, pero que me parecía exagerado internarme cuando yo no tenía ningún problema en nada y nadie los tenía conmigo; igual a uno no lo podían meter obligado. Entró mi mamá y la vieja le explicó que igualmente era decisión mía, se salió y nos dejó solos un momento. Entonces ahí sí, por primera vez le hablé a mi mamá sin tapujos, diciéndole las cosas tal cual yo las sentía y pues fue re paila porque ella lloraba y decía que tenía miedo de que yo terminara en la calle o muerto de una sobredosis de algo. Y, pues, le dije que la entendía pero que intentara confiar en mí, que ellos habían hecho un buen trabajo como padres como para que terminara así en algún momento. Y, pues, finalmente, me metieron a ambulatorio, y lo hice fue por ellos, para que estuvieran tranquilos.

Me metieron a una vaina que era Clínica Día, entonces era de lunes a viernes, de ocho am a medio día. Yo me sentía de nuevo en el colegio. Ah, bueno, eso sí, cuando eso pasó ya estaba como a un mes de terminar la universidad. Entonces dejaron que terminara y pues esos días eran un video porque ahí si eran peleas todos los putos días pues por lo que ya sabían todo. Entonces fue severa terapia, y apenas me gradué me metieron y pues era hasta divertido, porque éramos varios y nos ponían a hacer varias cosas, lo que me tramaba era la música. Yo toco guitarra y pues allá nos ponían como a componer canciones y esas cosas, y yo le metía mi estilo, y a mis compañeros les gustaba. Eran de todas las edades, había un peladito de dieciocho y un señor de cuarenta. Éramos el parche, nosotros tres y otros dos como de veintiocho y de treinta. Nos ponían a eso, nos hacían como charlas re aburridas, yo siempre me quedaba como dormido... Eran charlas de todo, como de la vida, de pensar todo lo que hacíamos y vainas así como muy de superación personal. También nos hacían jugar partidos de fútbol o básquet, lo que uno quisiera, no sé, nos entretenían bastante, para qué.

Pero en los *breaks* para refrigerio nos sentábamos a fumar y a hablar y ahí fue cuando de verdad me puse a pensar varias maricadas porque, bueno, uno escucha las charlas y muchas vainas tienen razón, pero es como si lo estuvieran obligando a uno a escuchar o a hacer lo que dicen. No sé, yo me aburría mucho, y a veces me parecía una estupidez, pero en esos *breaks* empezábamos a contarnos historias chistosas de cuando estábamos tan drogados o borrachos que nos pasaba de todo, y solo eran historias así, como yo, que una vez que estaba todo cruzado⁴ y le oriné la patrulla a unos tombos mientras los puteaba; y bueno, historias así, al principio. Después el peladito empezó a contarnos que la familia ya no lo quería prácticamente, tenían mucha plata pero que ya no les importaba nada de él. Y el papá -así le decíamos al señor de cuarenta- perdió la custodia de

⁴ Estar cruzado refiere a ingerir alcohol junto con otras sustancias como SPA, en grandes cantidades.

las hijas solo porque se emborrachaba y metía perico y la esposa lo pilló y le metió demanda y, bueno, el caso fue que lo echaron de la casa y le quitaron las niñas.

Y así empezamos a contar historias no tan chistosas y pues, marica, ahí me di cuenta que mis papás eran una chimba, a lo bien, porque pues yo sabía que me agarraba con ellos y tales, pero nunca pensaba como... En lo que ellos sentían o vainas así, y que tanta vaina que yo hacía y ellos seguían ahí dándome comida, plata, estudio y todo, y pues, eso no lo hace cualquier persona. Entonces muchas veces nos decían que la familia que bla, bla, bla, y pues, yo no lo asimilaba o no sé. Pero después de conocerlos a ellos y hablar entre todos y eso, empecé a dejar de pelearles, o sea, por ejemplo, si llegaba borracho o algo, siempre los puteaba y bueno, la pelea más hp, pero ahora intentaba no gritarles, no decir nada y solo agachar cabeza y entrarme a dormir.

[En este momento ya había oscurecido, habíamos olvidado que una grabadora era testigo de nuestra conversación, ya nos habíamos tomado el *six pack*, y los cigarrillos nunca faltaban, siempre había olor a nicotina. Hasta yo había olvidado mi rol de estudiante realizando campo para la tesis, era una conversación casual de amigos. Conocí de su vida y él también de alguna manera conoció la mía, aunque al principio yo evitaba hablar sobre mí. La empatía que generé con varios de los participantes fue la que me ayudó con la mayoría de mi trabajo de campo, pensaba que tal vez si se cambiara el contexto de entrevista en ciertos casos, la conversación ayudaría muchísimo más a nuestra labor como psicólogos. Las personas en su mayoría te ven como alguien que los puede juzgar si hablan de más, si dicen precisamente lo que piensan; pero generar empatía al momento de una entrevista es un aspecto fundamental para lograr lo que personalmente considero una verdadera entrevista. Me dijo: “*Vamos por otro six pack*”, y bueno... Fuimos. Ya entrada la noche, al son del licor y la nicotina continuamos nuestra charla. Entonces hablamos sobre la institución].

(...) Pues, como tal, no creo que esos centros sirvan de verdad; o sea, de alguna manera ayudan a cositas, pero siento que ver a los otros y a sus vidas, ahí si uno empieza a poner cuidado a charlas y a cosas de esas, pero siempre estás pensando en las historias de los otros, como comparando las vidas, y ahí si uno cae en cuenta de muchas cosas, es más... ¿sabes qué? De hecho, acabo de caer en cuenta que si sirvió de alguna forma.

Pues no para dejar de meter, porque yo sigo metiéndome todo lo que se me atravesase si tengo ganas, pero uno es como más consiente de las cosas. Por ejemplo, no dejé de meter pero ahora pienso dos veces antes de meterme más de una vaina al tiempo, entonces he estado menos cruzado y menos loco, porque recuerdo mucho una vez que estábamos como meditando o, no sé, estábamos todos acostados en colchonetas y música como para dormir y empezaron a contarnos una historia donde cada uno de nosotros era el protagonista y fue re denso porque era la historia que casi todos tenemos en común. Un chino que prueba algo y le gusta y después otra cosa y los amigos y las farras y bueno una vaina re larga, pero la nena la contó como re bien y al final uno se moría y veía a todos alrededor llorando y hablando y pensando cosas y uff, eso sí me marcó resto, porque de verdad seguí como las instrucciones de imaginarme a mis papás, mi familia, mis parceros, a todos.

Entonces, después de eso, nos pusieron a escribir qué estábamos haciendo hoy, o sea, en esos momentos de nuestra vida. Y pues lo mío era la farra y la droga, pero también era la Universidad. Tú no te imaginas el universo que vive en nuestros pies, es un video tanto microbio y tantas vainas, eso me apasiona resto y... Pero amo la farra y escribiendo vi que eso puede afectar algún día lo que hago, y afecta a mis papás y pues, mis parceros son todos drogos, también. Pero muchas veces yo los jodo para que metan más y ellos no quieren. Entonces todas esas vainas me hicieron ver mi vida de otra forma...

¡Ah!, y también los sábados hacían como día familiar y eso me unió como más a mis papás y a mi familia en general. Eso era como juegos y hablar de varios temas, entre todos. Mis papás entendieron un poco más de mí y yo de ellos; me enteré que mi papá también en su época probó marihuana y cocaína, vi cosas en mí que no veía antes, era como muy egoísta y eso (...). Pero en cuanto a drogas si seguiré metiendo hasta que un día diga ya no quiera más, ya se lo que se siente todo eso y ya, hasta ahí llegaré, aunque yo me veo todo cucho ya con una chaqueta de cuero y un porro en el parque de donde viva esperando que me llegue la hora.

[Finalmente la noche ya se encuentra a nuestros pies, ya surgieron los efectos del licor, se acabó el aguardiente y las cervezas. Apago a la testigo e inicio una noche de sábado con nuevos amigos, sin pensar en universidad, teorías, narrativas y realidades que no sean más que *living young and wild and free*].

CAMILA

Aunque ya conocía a Camila desde hace un buen tiempo no sabía mayor cosa de ella, era de esas “amistades” de fiestas, de encuentros con mucha gente que casualmente compartía los mismos espacios. Cuando estaba contando mi proyecto de tesis a unas amigas, una de ellas habló con Camila (sin yo saber) y ella me buscó días después.

A pesar de no ser amigas cercanas se puede decir que ya teníamos cierta cercanía. Ella me invitó a su casa un día entre semana cuando sus papás no estaban. Al principio de la conversación se sentía un poco incómodo el ambiente; pero, como todas las ocasiones en las que me di la oportunidad de conversar tranquilamente, el tiempo nos dio buen viento y empezamos a charlar.

Camila es una chica de veinte años que vive en un barrio de estrato alto en la ciudad de Bogotá; estudia administración en una universidad conocida y también prestigiosa y le gusta salir los fines de semana. No trabaja porque no lo necesita y tampoco lo desea aún. Vive con sus padres y una hermana menor de 16 años.

-¿Entonces dime para que soy buena?, empezó ella. Le comenté mi proyecto de tesis y lo que me gustaría que me contara.

Su historia. “Good girl, gone bad”

(...) Pues mi vida ha sido una vida súper normal, crecí en el mismo barrio toda la vida; mis papás siempre trabajaron mucho, así que teníamos a “*nana*”, la señora que nos cuidaba y ayudaba en las tareas todos los días. Amo mi infancia, siento que fue una época con muchos recuerdos muy lindos porque, aunque mis papás trabajaban mucho, no perdíamos un fin de semana de estar juntos, siempre buscaban llevarnos a cine, a parques, a hacer muchas cosas.

Fuimos creciendo y, pues, estudiaba en un colegio mixto donde las fiestas empezaron a llegar como desde que tenía doce años, en esa época nos sentíamos hasta malos tomando *champin*. Recuerdo que cuando tenía trece años, en un cumpleaños, no faltó el que llegó con media botella de aguardiente y unos cigarrillos que le había quitado al papá. Nosotras, las niñas, ni por enteradas al principio pero, al llegar los chicos sentimos el olor a trago y cigarrillo, no dijimos nada porque igual el del cumpleaños era un niño y nos daba miedo que no nos dejaran volver a esas fiestas. Obviamente, después de esa fiesta, todos empezaron a llegar con trago de sus papás y ahí empezó la adolescencia “loca”, donde ya empezaron a tomar y fumar. Yo siempre me negué porque mis papás siempre fueron de esos papás “sobreprotectores” o, más bien, como muy, de un

estilo muy cachaco, a la antigua, como muy de mentes cerradas, ellos y mi familia...

(...) Entonces, la primera vez que me tomé un trago ya fue a los quince años, en los quince de mi mejor amiga y eso me entró en reversa, me supo horrible. Pero, como todos estaban tomando yo dije como: *-¡Ah!, pues yo también quiero*. Cuando me empecé a sentir prenda, simplemente dejé de tomar y esa sensación sí que me gustó.

De ahí en adelante siempre tomábamos, y ahí vinieron mis primeras borracheras, pero siempre fue todo a escondidas de mis papás; ellos no sabían absolutamente nada de nada, ja, ja, ja. El tiempo pasó y, pues, inevitablemente llegaron las drogas, probé la marihuana y ¡me encantó! Me sentía súper relajada y feliz, como si todo fuera a estar siempre bien. Ese día estaba haciendo un día súper lindo en el parque y todo fue muy bonito, solo fumamos marihuana y desde ahí, que fue a mis diecisiete años, no volví prácticamente ni a tomar, una cerveza por mucho, a veces, pero si me gustaba muchísimo fumar *porro*...

(...) A los diecisiete estaba cursando ya primer semestre en la Universidad y, pues, en realidad yo siempre fui muy juiciosa en todos los aspectos, llegaba temprano a casa; y sí llegaba tarde les avisaba, igual si no llegaba también. En el cole me fue siempre bien, en la U también siempre me ha ido bien. Pero siempre estuvo presente en mi cabeza el “¿qué dirán?”, pensaba obviamente en mis papás más que nada; pero, también en mi familia, ¡hasta en mis vecinos! ...

Una vez estaba fumando en el parque con una amiga y pasó la vecina, yo boté el porro. Pero ella, al acercarse a saludarme, se dio cuenta del olor, obviamente, y pues se le notó en la mirada como esa cara de desaprobación, como de *“pobrecitos sus papas si supieran”*. Y, pues, era una vecina súper querida, muy allegada a la familia, tanto ella como su esposo y los dos peques,

hasta en ocasiones los cuidaba. Entonces que supieran fue como “!Ah, la *embarré!*”. Como si a la larga importara el qué dirán.

Ese día llegué a casa súper asustada, esperando que la señora les hubiese dicho algo a mis papás, jeso me imagine de toooodo! ...Que ya habían llamado a toda la familia para pedir consejos o algo, porque la familia es súper unida. Me sentí tan mal solo imaginando que me habían descubierto; pero jamás me dijeron nada ni actuaron diferente. Recuerdo muy bien que esa semana no fumé porque, en serio, seguía asustada y solo pensaba en lo que pensarían de mí.

Entonces, mientras como que más ocultas algo, después es peor. La cuestión es que empecé a comprar varias clases de marihuana, a ver cuál me gustaba más, pues, para probar, y siempre las escondía en lados diferentes del cuarto, como por ese miedo a mis papás. Así ellos no se metieran a mi cuarto, muchas veces mamá entraba a dejarme ropa o a buscar algo para ella ponerse.

Y fue ahí cuando ya quedaban dos semanas para mi cumpleaños número dieciocho... Me pillaron y me metieron a un centro. Pues la verdad a mí me metieron obligada, prácticamente o, pues, no tan así, sino que mis papás se dieron cuenta que fumaba (marihuana) y al pasar el tiempo vieron que lo hacía todos los días. No me dijeron nada hasta un día que me dijeron que sabían desde hace un mes y ya sabían dónde yo escondía la droga y con quiénes fumaba. Y, bueno, eso fue tenaz, porque mis papás son muy chapados a la antigua; vivimos en un buen barrio y ellos son de los que creen que las personas tatuadas son ladrones.

Entonces, imagínate lo que pensaron cuando vieron que su niña consumía ¡drogas! ...La cosa fue que yo intenté explicarles que no era nada malo, de hecho yo no fumo cigarrillo ni tomo alcohol, ni nada. Solo me gusta fumar marihuana y, pues, a la larga si uno no le está haciendo daño a nadie, ¿por qué tiene que ser algo tan horrible? Como si hubiese matado a alguien, o algo así muy exagerado.

Cada cual es libre de hacer lo que quiera con su vida, con su cuerpo ¡pienso yo!, con tal de que no lastime a los demás. Y pues yo sabía que para mis papás era algo malo, por eso nunca dije nada ni nada, y al darse cuenta me dijeron que tenía que meterme a un centro de rehabilitación...

Y pues me pareció chistoso pero a la vez no, porque también duele ver a los papás de uno así tan mal, como llorando y con cara de decepción, entonces por más que intente explicarles, me di cuenta que pues nada que hacer y me metieron allá. Aunque nunca metí nada más, siempre me cruzaba con amigos y conocidos que me ofrecían de todo y siempre quise probar; pero me daba miedo y al entrar allá en el centro conocí mucha gente que enserio se dejó llevar por el consumo; y pues hablando con ellos vi que era probable que yo también callera. Entonces le bajé al porro, pero sigo consumiendo y lo seguiré haciendo hasta que me canse. Porque es mi vida, porque se manejarlo y porque no afecto a nadie...

(...) Yo me sentía súper mal, pero por ellos. Eso fue un golpe durísimo, nunca supe cómo se enteraron de la verdad. Eso fue algo que no fui capaz de preguntar porque me sentía como conchuda. Yo creo que la vecina les comentó algo en algún momento o no sé... De hecho sí me encontraron una bolsita súper pequeña de marihuana, pero el resto de mis "*caletas*" seguían intactas. La cuestión fue sentirme como si fuese una mala persona, ¿sabes?... En esos momentos uno se siente mal es por ellos, por la familia, porque obviamente cuando mi familia se enteró intentaron cogerme y hablar conmigo. Y, bueno, una vaina horrible, porque todos se veían tan preocupados y tristes que me hicieron sentir la peor persona del mundo.

Por otro lado mis amigos, pues, no dijeron nada, porque ellos sabían cómo era yo. Y a pesar de que me decían que fumaba mucho, no tomaba ni fumaba cigarrillo y a pesar de estar súper *high* siempre estaba en mis cinco sentidos. Cuando se enteraron de que me iba a rehabilitación, pues, simplemente no lo

podían creer y hubo unos hasta que me preguntaron si es que yo estaba metida en algo más y todo, ja, ja, ja.

(...) O sea, ¿si ves? Hasta los amigos con los que uno hace y deshace llegaron a cuestionarse sobre mí y eso también fue algo que me dejó pensando. Como que las drogas, a pesar de que se ven por todo lado, siguen siendo como algo tabú, algo malo, no sé cómo explicarlo. Pero mis amigos si metían coca y MD y pepas en las fiestas y, pues, que me preguntaran, que si estaba metida en algo más. Fue como ¿me estás hablando en serio? O sea, ya de por sí uno se siente todo rechazado por la gente, si alguien se da cuenta de que estas fumándote un porrito, ya de una la mayoría te mira mal, como si te conocieran y pudieran decir que no tienes futuro por el simple hecho de fumar marihuana. No sé, eso fue algo feo...

Bueno, a mí me internaron por un mes y medio, no más. Porque, bueno, era en a las afueras de Bogotá y, apenas entré, me hicieron como una entrevista y me tomaron muestras, y me hicieron examen médico, me contaron de qué trataba el programa y a la larga me gustó, ja, ja, ja, porque es un programa súper natural y que la idea es liberar toxinas y desintoxicar el cuerpo con ejercicio y dieta especial, con vitaminas y minerales...

(...) Era junio, preciso, pero para mí terminaron siendo casi vacaciones. Pues, me dio duro, obviamente, no poderme fumar un porro a veces; pero todo el día nos tenían realizando actividades, ejercicio, todos los días nos metían al sauna y bueno me sentía más como en un colegio de la vida; porque eran charlas motivacionales, talleres de vida, como pensar el futuro, veíamos películas, recuerdo mucho que me hicieron leer un libro que se llamaba pregúntale a Alicia. Y, pues, era algo bonito, enfocado siempre a dejar el consumo, pero era bonito. Éramos estudiantes, así nos decían y, pues, conocí mucha gente que, en serio, estaba mal y les daba durísimo la abstinencia. Los “profes”, ja, ja, ja, como les decíamos nosotros, nos acompañaban siempre. Bueno, yo sinceramente no me

sentía como tan de ahí, en ese aspecto, pero digamos que siempre nos hacían interactuar entre todos. Y en almuerzo y ratos libres hablábamos y conocí muchas historias que no eran capaces de contar frente a los profes, entonces formábamos como nuestro propio grupito de apoyo...

(...) Y bueno, pasó el mes y medio, tenía que volver a la universidad. Mis papás no estaban muy seguros de dejarme salir, porque se supone que el programa dura como seis meses o más, pero los psicólogos y otros trabajadores, hablaron con ellos y eso fue otra cosa que jamás supe, qué les habrán dicho. Pero al salir de allí me dio hasta nostalgia porque allá de verdad te das cuenta hasta qué punto puede llegar el consumo y, en serio, le bajé a la fumadera, no cien por ciento, pero si le bajé. Además, te encuentras con personas que piensan como tú, que dicen “¿por qué no puedo meter tranquilo?”, pero cuando menos te das cuenta estas inyectándote, como les pasó a varios allá.

Entonces, pues, al salir, mis papás pararon en carretera en un restaurante al aire libre y hablamos de lo que ellos esperaban de mí, de que esperaban que en realidad me diera cuenta de los peligros de la droga. Y, obviamente, no faltó el: “piense que va a decir la gente siempre”. Cosa que siempre me preocupó, pero me di cuenta que es lo de menos. La gente tiene su punto de vista sobre mil cosas, yo tengo los míos, mis papás y mi familia otros; y mi vecina no me volvió a dejar cuidar los peques, ja, ja, ja. Pero aquí estoy, ya terminando la carrera, sigo fumando con mucha más precaución, sigo sin tomar, ni fumar cigarrillo y esperando qué me deparará el futuro.

Yo solo sé que el consumir depende de cada uno, el consumir lo manejas tú mismo y si te vas a meter en esas cosas toca ponerle cabeza fría. Es decir, para mi está bien que se descontrolen si quieren en una fiesta, pero siempre como sabiendo con quién están, en dónde están, que si algo pasa no están solos. Y pues no es lo mismo hacerlo de vez en cuando, a descontrolarse todos los días. Entonces, para mi fumar porro es normal, es como los que fuman, y los que

toman, es normal hasta cierto punto, porque uno no puede pretender que meterse mil cosas todo el tiempo y quedar vuelto nada y seguir por la vida como si nada.

HERNÁN

Hernán es un hombre de cuarenta años de edad, vive solo en un apartamento en un barrio estrato 3, trabaja en Corabastos y su vida no ha sido fácil. Es un hombre solitario, tiene familia: sus padres, tres hermanos y una hermana que lo visitan, y él los visita a ellos en varias ocasiones. Pero no tiene hijos, ni una relación de pareja. Vive solo con un gato porque dice que los perros le gustan, pero exigen demasiado. Es una persona muy dura, el perdón y el arrepentimiento son cuestiones que surgen constantemente mientras charlamos.

Mi encuentro con Hernán fue gracias a una visita que realicé a la Fundación. Al inicio del trabajo de campo realicé dos visitas y hablé con el Director de la Fundación. El segundo día, al salir, fui a la cafetería y conocí a Hernán. No sabía que bus tomar para mi casa y le pregunté por casualidad, ya que era el más cercano. Él me indicó que podía tomar y me preguntó -disculpándose si era entrometido- si yo era “paciente” del lugar. Le expliqué que era para un trabajo de tesis y me dijo: -“Si necesita ayuda en cualquier cosa, puede decirme que soy ex paciente”. Me dio su número y quedé en llamarlo al día siguiente. Cabe anotar que jamás sonrió en esa pequeña conversación.

Al siguiente día lo llamé y cuadramos una cita en una cafetería cerca al lugar donde se ubicaba la Fundación. Mi hermano me acompañó y estuvo sentado en otra mesa con un amigo que vivía cerca. Bueno, era un hombre que no conocía, del cual no sabía nada así que no estaba de sobra la precaución.

Como en todas las entrevistas, le comenté bien de que se trataba mi proyecto de tesis, que era estudiante de psicología y todo lo que me gustaría

conocer, si él no veía problema. Creo que necesitaba hablar con alguien que no supiera nada de él, que no importara si lo juzgaba, solo alguien con quien hablar.

Su historia. “No more tears”

(...) Mi vida siempre fue buena cuando era niño, lo teníamos todo. Tengo tres hermanos y una hermana, yo fui el tercer hijo. Vivíamos en Villavicencio; pero por un trabajo que le salió a mi papá, nos vinimos a vivir a Bogotá cuando yo tenía siete años. Aquí todo seguía casi igual solo que con frío, siempre fuimos niños muy consentidos por nuestros padres, no teníamos abuelos, pero sí muchos tíos que hacían de nosotros una gran familia...

(...) Para sexto, ya bachillerato, me cambiaron a un colegio más grande del que estaba, uno diferente al de mis hermanos porque un amigo de mi papá dijo que era un buen colegio. La verdad nunca entendí porque solo a mí me metieron a un colegio diferente; tal vez porque siempre fui más bien solitario y, bueno, a mi hermana que estaba en uno femenino. El colegio era un colegio de niños ricos y pedantes, no me gustaba mucho como eran, nunca me sentí muy a gusto allá, tenía amigos y todo pero nunca me sentí como me sentía en los otros colegios.

En octavo, en una clase de arte, trabajamos con un tarrito de bóxer y mis amigos empezaron a joder con oler eso. Y, pues, claramente, yo también; fue un poco no más, pero esa sensación es algo que jamás voy a olvidar, porque, pues, fue como algo que jamás había sentido y me gustó. Ese mismo día llegué a casa, busqué la botella de bóxer y me encerré en el baño del patio de atrás. No sé cuánto tiempo dure ahí metido, pudo ser muy poco o mucho pero solo sé que nadie se dio cuenta y que había sido de las mejores cosas que había sentido en mi vida...

(...) En el colegio solo nuestro grupo sabía de eso, nadie más se había dado cuenta. Y empezamos a buscar cosas nuevas para sentir, yo seguía prefiriendo el b́oxer; empezamos a tomar y a fumar cigarrillos. Y, no sé, pero las drogas son algo muy fácil de conseguir, ¿sabe? Un amigo se consiguió a alguien que vendía marihuana y cocaína, y como la plata era algo que no nos faltaba... pues, empezamos a comprarle mucho. Después, el mismo *man* nos llegó con ácidos, con éxtasis, y hasta nos ofreció heroína para oler. Todo eso fue como de octavo hasta salir del colegio, soy malo para definir los tiempos, pero todo fue subiendo de nivel progresivamente...

(...) Me empezó a ir mal, como qué dejé de darle importancia a las notas y a esas cosas. Pero, pues, mis papás no suponían nada, solo que me estaba yendo mal y ya. Perdí materias que luego recuperé sin mayor problema. En cuanto a lo disciplinar, pues, es que si jodíamos mucho porque, en serio, nos dejaron de importar muchas cosas, como la autoridad de los profesores y hasta del Rector. Pero jamás pasó nada grave, solo anotaciones pendejas.

Al salir del colegio quise tomarme seis meses para saber qué estudiar. Esos seis meses se volvieron un año, un año en el que conocí a mi ex mujer, ella era igual que yo. Éramos jóvenes y tontos, consumíamos todo tipo de drogas, íbamos a todo tipo de fiestas, no llegábamos a la casa, en esas yo ya tenía dieciocho, ella tenía diecisiete. Los problemas en casa, ya se imaginará cómo eran, solo peleas con mis papás y mis hermanos. Ellos salían a sus fiestas y a veces llegaban borrachos, pero yo prefería nunca llegar, y en mi grupo siempre había alguien con la casa sola, entonces, pues, eso era un descontrol. A veces pienso que fue una carta del destino muy mal jugada, poner preciso a ocho chinos maricas, hijos de papi y mami, que no tenían un buen hogar en muchos casos, porque los dejaban solos siempre, les dejaban dinero y, si querían, pues, pedían más.

La cuestión fue que mis papás me dieron un ultimátum: Que tenía que empezar a estudiar y dejar de vagar. Así entré a estudiar una carrera que me

gustaba afín al diseño de estructuras en una Universidad prestigiosa; mis papás se calmaron y hasta yo le bajé algo a la farra; pero no sé, si es que yo solo atraigo gente consumidora, pero conocí a Guillermo que todo el tiempo estaba metiendo perico. Siempre tenía guardado un gramo en la billetera. Y pues ya se imaginará que empezamos a ir a muchas fiestas y demás y cada día llegaban más drogas nuevas, mas *dealers*, mas gramos, más necesidad, más de todo.

Y en todo ese descontrol mi ex mujer quedó embarazada, eso nos derrumbó el mundo. Decidimos abortar porque no nos imaginábamos una vida sin toda la libertad que ya teníamos. Sentíamos que aún necesitábamos más fiestas, más drogas, más de todo. Y eso tal vez es de las cosas que más me arrepiento ¿sabe? Véame aquí, ahora, viviendo solo, el único consuelo que tengo es mi gato. Mi familia viene y me visita; hacen reuniones a las que asisto, pero verlos a todos con sus hijos y demás, ver cómo tienen buenos trabajos, buenas vidas... Esas cosas me pesan, me pesa saber que desperdiicé toda la mi vida en las fiestas y en las drogas. Y que ahora lo hago a veces en alcohol...

(...) Mientras “estudiaba” -porque en realidad me la pasaba de fiesta en fiesta y ayudando a los que antes eran mis *dealers* a vender, así me hacia la plata-, me fui de la casa. Ellos ya estaban mamados, yo ya estaba mamado. Alquilamos un aparta-estudio con Guillermo y seguíamos con nuestro descontrol, algo que pensé sería para siempre.

Pero las cosas se me salieron de las manos, ya la droga me controlaba, me empecé a meter todo lo que teníamos para vender. Intenté volver a casa con mis papás pero cada vez que no llegaba, cada vez que llegaba vuelto mierda, cada vez era peor. Entonces tomé la decisión de irme por ahí a la suerte, me fui a vivir al centro porque allá conseguía todo más barato. Se me acabó la plata, empecé a pagar mis vicios con mis cosas, empecé a quedar en la calle, conocí las bichas. ¡Qué cosa tan barata! Y hasta ahí me llegan los recuerdos... El tiempo. Solo

recuerdo peleas, necesidades, la gente como lo mira a uno, todos se alejan, todos ignoran, a nadie le importa, ni siquiera a uno mismo...

(...) Un día, vagando por el centro, encontré a mi hermano mayor, nunca pensé que sería feliz de nuevo, pero lo vi. Después de varios años de no saber nada de ellos, ni ellos de mí, y fue ahí cuando decidí buscar ayuda, ellos me ayudaron a ingresar ...

(...) Bueno, al principio, estar allá fue horrible. Yo ya tenía treinta años, más o menos. El síndrome de abstinencia era tenaz, uno sentía como si literalmente estuviera muriendo; sentía que agonizaba, solo quería morir para no sentir más. Pensaba todo el tiempo por qué había tenido que meterme en eso, lo tenía todo; sentía que ya era muy tarde para empezar de nuevo. Me sentía culpable por todo lo que le hice pasar a mi familia, a mi ex mujer, que terminó conmigo cuando me fui al centro, al mismo Guillermo que siempre me tendió su mano.

Y, pues, es que yo sé que estaba muy dañado ya. Que ya no podía vivir sin meterme algo. Pero yo fui a que me ayudaran y no a que me trataran como un idiota, diciéndome que yo le hacía daño a mi familia y esas vainas. O sea yo, sé que ellos sufrían, pero por eso mismo me fui para el centro y allá me hacían sentir mal. Sentía que me atacaban o yo no sé si era mi imaginación, porque yo siempre he sido muy rayado, pero me sentía muy mal, muy feo. Nos hacían terapias, nos ponían a hablar a todos, a ver películas, a hacer ejercicio; hasta nos hacían bailar y hacer cosas en cerámica.

Pero yo sentía que nada de eso me servía a la larga, porque seguía pensando en meter cualquier cosa, y las charlas que nos daban, no sé. Me hacían sentir como un idiota, nos decían que estábamos enfermos, porque la adicción era una enfermedad y lo peor es que decían que no tenía cura porque es algo con lo que siempre se vive. Además de eso, estaba acostumbrado a hacer lo que quería, a no tener horario, a que si no quería, pues no me levantaba y allá siempre

estábamos haciendo algo. Ese proceso fue bien verraco porque duraba unos meses internado y en el momento menos esperado volvía a caer; salía a meter, me perdía de nuevo y volvía a pedir ayuda. Como si no supiera realmente qué quería.

(...) Hasta que una vez tuvimos una charla dirigida por un doctor, hablaba de cómo el consumo siempre estaba en un círculo de consumir y sentirse mal. Y, bueno, eso ya lo había escuchado, pero algo se presentó y el doctor salió. Pero nosotros seguimos hablando y fue ahí en ese momento donde entendí que no era el único, que a pesar de todo lo que nos decían los doctores, los psicólogos, y todos, yo me sentía único de alguna forma, todos siempre asentíamos con la cabeza a las charlas, y sí, nos sentíamos identificados. Pero ese día, cuando nos quedamos solos hablando entre nosotros, sin alguien que nos dijera qué hacer o qué decir o qué pensar, me di cuenta que todos sentimos culpa, que todos sufrimos, que todos tenemos ese algo que no nos deja descansar en paz.

Desde ese día me abrí a, realmente, escuchar, a intentarlo. Porque si lo había intentado, no era por mí, era por mi familia, por ellos más que nada. Porque veía lo que habían sufrido, jamás me dijeron que se avergonzaban de mí, pero yo sabía que si era así. Solo me decían que tenerlos en esa incertidumbre de saber si estaba vivo o muerto les carcomía el alma, y a mi saber cómo los lastimé. Pero me di cuenta que si uno solo no se ayuda, no se pone las pilas en serio, no piensa con cabeza fría, por uno y para uno, nunca va salir de esto. Esos días el único escape que tenía era dormir, sentía que era la única forma -creo que aún lo siento- en que me puedo escapar de la realidad...

(...) Empecé a confiar más en mí mismo, gracias a mis compañeros, eran compañeros iguales a mí, que sabían y sentían lo que yo. Es que esto es una vaina de todos los estratos, edades y religiones. A pesar de ser todos tan diferentes, éramos iguales, y poco a poco ya fui saliendo de eso. Fue un proceso largo y duro, pero logré dejar de consumir drogas. Salí y mis hermanos me

ayudaron a conseguir el trabajo en el que estoy en Corabastos, es lo único que puedo hacer. No soy completamente feliz pero soy más persona que antes. A veces vuelvo por aquí al centro de rehabilitación, a escuchar las charlas y recordar el dolor que sentía, y recordar que las drogas dañaron mi vida. Pero, al mismo tiempo, saber que todos merecemos el beneficio del perdón, ¿no cree? De los demás, pero, más importante, de uno mismo, y eso es algo que aún intento hacer.

JEISSON

Llegué a Jeisson gracias a una tía que es trabajadora social, y profesora en un barrio de estrato uno. Mi tía siempre se ha caracterizado por su gran corazón y entrega a los demás, así que cuando conoció mi proyecto de tesis, habló con un chico al que dio clases y con el cual siguió en contacto mucho tiempo después. Mi tía le comentó y él accedió a verse conmigo en la oficina de mi tía.

Su historia. “Too late”

Bueno, en mi casa vivimos solo mis papás y yo. Tengo tres hermanos, uno fallecido, el menor, mi hermana la mayor y yo. Con mis papás la relación es normal, de vez en cuando que no ha faltado el roce, pero mala con ninguno; la relación con ellos es buena. Soy unido con mis hermanos y papás, todos somos unidos. Con ellos la relación es normal, el saludo, hablamos cosas y listo”.

Empecé a trabajar como a los ocho o nueve años, trabajando en plazas. Yo vendía, cargaba, después trabajé en la rusa. Eso es lo que hago ahora, en esto desde que soy mayor de edad, trabajando en empresas, porque desde niño, si, en casas con maestros y me gano el mínimo. Pero ahorita no tengo trabajo porque me dieron unas puñaladas y me tocó dejar de trabajar y me estoy recuperando. Eso fue hace ocho días.

Yo consumo marihuana y perico, en marihuana me gasto al mes ochenta mil. Marihuana Corinto, capucha o *creepy*, y perico. Es dependiendo lo de la farra, por ahí cuarenta mil. Cuando trabajo no consumo drogas, ya lo hago los sábados cuando estoy descansando. Pero primero lo de mi hija, voy y la visito, doy lo de la casa y ya lo que me quede es para mí, para pagar en tiendas, tomar, lo que me quede para un cigarrillo. Eso sí, la marihuana fumo a cada rato, me fumo al día unos tres o cuatro baretos.

Una vez en el trabajo se dieron cuenta cuando empecé con el perico y por eso me echaron, porque me quedó gustando y consumía ahí; entonces se dieron cuenta. Eso me quedó de experiencia porque perdí mi trabajo, perdí todo y para volver a encontrar otro trabajo fue más difícil. Pero nunca he dejado de trabajar por consumir, prefiero el trabajo que las drogas mil veces, yo trabajo por mi hija y para sostener mi casa también, es para no tener problemas con nadie”.

Estudié hasta quinto, en un colegio del sur de la ciudad. Tenía problemas con los estudiantes con peleas, porque me trataban mal o me decían una grosería o me robaban un lápiz o algo así. A nivel académico era normal porque yo perdí primero y tercero fue por problemas. No seguí estudiando porque no me querían recibir en un colegio cerca a mi casa y como éramos pequeños pues entonces mi mamá no nos quería dejar estudiando lejos porque le daba miedo. Yo dejé de estudiar porque me echaron”.

Ahorita estoy solo, no tengo ninguna pareja actual. Si he tenido una, solo mi ex mujer, que es la mamá de mi hija. Mi hija tiene tres años, ella vive con la mamá, nosotros vivimos como unos seis o siete meses, cuando ya teníamos la hija. Ella si sabía desde que me conoció que me gustaba la droga, ella también consumía pegante y marihuana. Nos separamos por ella, se fue de la casa, ella me abandonó, se fue para donde la mamá porque no le gustaba que yo tomara. Pero

yo nunca llegué borracho ni a golpearla ni a tratarla mal. Cuando vivíamos yo fumaba al lado de ella pero solo marihuana, nunca hubo discusiones por eso”.

Hasta en el barrio saben que uno fuma, allá es normal. Somos muchos los que fumamos marihuana, muchos otros se la pasan con sus bichas, cada uno vive su vida como quiere, ¿no? Entonces, pues, con los vecinos mi relación es estable, nunca tuve problema, solo una vez que escuchaba las voces del vecino en mi casa todo el tiempo y yo les dije y les dije que le bajaran, hasta que una vez me la volaron y yo estaba borracho y salí a buscarles problemas pero ellos no salieron, entonces todo se calmó... En el barrio nos gusta jugar partiditos de micro o sentarnos en la tienda a echar pola y vicio, todos meten algo, así sea un cigarrillo, no hay ni uno que se salve.

Yo fumo marihuana desde los ocho años, fue lo primero que probé. Ya como a los quince años perico; una vez probé el pegante pero no me gustó. Sigo metiendo porque el cuerpo ya lo exige, porque uno ya no encuentra qué hacer, y más que no tengo novia. Cuando consume uno se siente mareado, le da hambre, le dan ganas de reírse, una cosa muy bacana. Y no es tan dañosa. Con el perico uno se siente pasmado, cuando uno está tomando huele perico y se le pasa la borrachera”.

Mi ex fue la que dijo que debería meterme a algún centro de rehabilitación si yo quería seguir viendo a la niña, porque algunas veces pues si llegaba fumado y pues para mí eso no era problema, pero para ella sí. Y es que ella era como mi única familia ya, mis papás y hermanos ya estaban como decepcionados de mí. Antes me hablaban, me decían que me pusiera juicioso a trabajar y más después de que tuvimos la bebé, me decían que me querían, que saliera adelante, y pues yo no les ponía mucho cuidado. Ya después empezaron a dejar de preocuparse, me decían: -“Allá usted y su vida”, y eso ya me hacía sentir mal. Entonces la mamá de mi hija era la única persona que tenía, era mi familia, pero pues eso de

vivir con otra persona, y más teniendo una hija, cambia mucho las cosas, y más cuando uno ya esta tan metido en los vicios.

Entré a una Fundación. Duré como seis meses, cuatro internados, y otros dos en ambulatorio. Yo he intentado dejar de consumir, pues, lo he intentado, pero eso es muy difícil. Eso fue hace un año, dejé consumir por unos cuatro meses máximo, pero volví a caer, por problemas y estrés, y para tener la cabeza ocupada en otras cosas.

Estar allá, pues, fue un video, porque al principio sentía como que necesitaba mucho fumarme un porro aunque sea, no con abstinencia sino como, no sé, ganas, creo yo, pero unas ganas muy verracas. Ya después de los primeros días nos hacían como talleres y charlas sobre Dios y sobre cómo terminaría nuestra vida si seguíamos en ese mundo. Y, pues, a uno eso le sonaba bonito, pero yo no le veía nada de malo en fumarme un porrito no más. Estaba mamado de la prohibidera y de las charlas así. Además, como yo hice hasta quinto no más, pues me daban como clases de bachillerato, entonces me sentía en un colegio y la verdad para mi estudiar no se necesita, ya con mis trabajos puedo vivir, ya no estoy para estudiar.

Las personas de la fundación nos trataban bien pero a veces me sentía como un niño chiquito regañado. O, pues, no regañado, sino que ya las charlas me aburrían, nos decían que éramos como hijos descarriados de Dios y que Dios quería lo mejor para nosotros, pero que solo nosotros podíamos permitir esos cambios de vida, porque Dios nos ayudaba pero si lo dejábamos entrar. Y, pues, yo si creía que era mi culpa y sé que es mi culpa estar así, porque al fin y al cabo es uno solo el que toma sus propias decisiones. Y, pues, me ayudaron a calmarme cuando tenía muchas ganas hablándome y diciéndome muchas cosas, que Dios tenía para mí, si dejaba atrás todo ese mundo. Pero, no, eso es muy difícil, y a mí me gusta mucho mi marihuana, mi perico y, pues, mi trago y mis

cigarrillos también; en las fiestas más que todo es donde tomo alcohol y cigarrillo, ah, y, pues, perico, para mantenerme firme, de resto siempre fumo bareta.

Mientras estuve allá, pues, dejé de fumar tanto y oler tanto y tomar también. Pero, pues, a veces uno se conseguía sus cositas y eso, pero en realidad no cambio mucho las cosas, me gustaba como intentaban hacernos caer en cuenta de nuestros errores, de hacernos ver cómo nos estábamos tirando la vida y así, entonces como que si sirvió y no, a uno le ayudan a darse cuenta de que uno tiene que pensar más en las consecuencias de meter, porque por ejemplo yo prefería gastarme la plata en perico o en cualquier vaina antes que comprarme unos zapatos que de verdad necesitaba porque siempre tenía un solo par y ya me dolían los pies de usarlos, ya cuando tuve mi hija, pues me toco ponerme más serio y responder por ella, porque al fin y al cabo ella no tiene la culpa.

Igual uno se entiende como más con los compañeros. Salíamos a fumarnos un cigarrillo y a tomarnos un café en la esquina y hablábamos mucho. La primera vez que yo salí con ellos les pregunté que si no y tenían un poquito de perico y me miraron como mal. Pero me decían: -Parce, empiece a controlar esa ansiedad, fúmese un cigarrillo y tómese un café. Y, pues, para mí eran como tontos, como morrongos. Pero fue pasando el tiempo y nos empezamos a contar cosas que nos habían pasado y, yo no sé, pero muchas historias eran parecidas y uno se ponía a pensar que de verdad uno no pensaba en nada más que en meter. Algunas veces llegaba alguno así, como muy paila, y quería meterse algo, pero entre nosotros hablábamos y nos apoyábamos resto. Y es que ellos son como uno, o sea, están sufriendo igual que uno, uno cree que solo es uno el que se siente mal cuando no mete, todo desesperado, pero todos estamos igual y eso ayuda.... En el centro muchos de los que nos trataban habían sido adictos también, y nos contaban las historias de ellos pero, no sé, era como diferente, a mí me gustaba más salir y hablar con mis compañeros.

CAPÍTULO II. YO FUMO, TÚ FUMASTE, ELLOS DICEN QUE NO FUMAN

Cada una de las veces que me senté con aquellas personas que no conocía mucho, sentía algo de miedo al saber que me hablarían de sus vidas, que pasarían una o dos horas conmigo hablándome de un tema que aun representa tantas contradicciones para mí. Siempre, al escucharlos y al compartir con ellos, de una forma u otra me volvía parte de sus historias, de sus experiencias. Ellos sabían que por su forma de vivir y por lo que ellos hacían era que yo estaba sentada frente a ellos, construyendo un nuevo capítulo de sus vivencias sobre el consumo de SPA. Mi encuentro con Camila, con Mauricio, con Jeisson y con Hernán me permitió darle cuerpo a mi investigación; sus palabras se hilaron en mi discurso y crearon una nueva narrativa desde la experiencia sensible en primera persona, como lo plantea la fenomenología. Experiencia que se retrata en los relatos a través de la palabra, pero que a la vez encierra la forma del no decir, del silencio mientras hablas, de configurarse y borrarse en el proceso. Los relatos son herramientas de interpretación que dan un significado en un tiempo presente; todo acontecimiento es posible siempre y cuando haya una narración que los enmarque.

Las narraciones enmarcan las diversas dimensiones del “yo” frente a un fenómeno como el consumo de drogas y como la adicción. Los relatos anteriores son una muestra de cómo se organiza la experiencia y se constituyen marcos para la construcción de la realidad, desde la constante transformación del sí mismo en el presente a partir de eventos pasados. Escucharlos, ser parte de sus historias, y comprender sus diversas reflexiones frente a un fenómeno, me dio la oportunidad de comprender el consumo desde otra perspectiva, partiendo de las posibles formas en que se construye la realidad para cada uno de los participantes.

La construcción de la realidad se da por medio de la interacción narrativa con otros; de este modo las personas pueden llegar a entender más sobre sí mismas, su contexto y el otro. El hablar con otro, como seres sociales que somos, ayuda a ver desde sí mismos una nueva perspectiva, como si algo en el interior al hablar se despertara y entendiera un poco más de sí mismo; así la narrativa crea realidad. Evidenciando que todo acto que realizamos es co-construido.

Es curioso como cada uno de ellos comienza a reconstruir su historia, ponerla en términos históricos, cíclicos, en espacios de reflexión que se terminan de formar cuando hay una necesidad de contar un suceso y darle a su vez una explicación. Si recordamos a *Mauricio* vemos como él genera diversas reflexiones frente a varias experiencias y a lo que ha aprendido de ello. El contarme su historia y estar en un instituto de rehabilitación compartiendo con otros, permitió que al hablar y al escuchar a otros, reacomodara todo aquello que era un ruido en sus vidas.

El significado de cada una de las enunciaciones siempre esta inconcluso. Por ejemplo, cuando *Hernán* me cuenta sobre las conversaciones que tenía con sus compañeros después de las charlas educativas y cómo en ese momento logra comprender su consumo y sus actuaciones frente al mismo su proceso reflexivo. En el momento en que el cambia su argumento y dice: “me di cuenta que todos sentimos culpa, que todos sufrimos, que todos tenemos ese algo que no nos deja descansar en paz”, su paso por la institución adquiere un significado nuevo porque su conversación ha venido cambiando y transformando su realidad al incorporar lo que otros han aportado a su discurso. En palabras de Pearce todo evento es co-construido por eventos circundantes y en función a lo que sucedió previamente y de lo que sucederá después (Pearce, 2002. p. 278).

Lo interesante de los relatos son las formas de hablar y de conceptualizar, hay algo común en todos ellos; las reflexiones son constantes, al igual que asociar su consumo con un prejuicio más o menos generalizado ente la gente en general.

Es significativo que el prejuicio social aparezca como un elemento que estructura muchas veces el relato sobre sus experiencias. La construcción de la realidad es tan automática y rápida que su proceso pasa desapercibido. Bruner afirma: “solo cuando nosotros sospechamos que tenemos una historia errónea nos comenzamos a preguntar cómo la narrativa pudo estructurar (o distorsionar) nuestra visión de cómo las cosas son realmente. Y eventualmente nos preguntamos como el relato por sí mismo configura nuestra experiencia en el mundo” (Bruner, J. 2002. p. 9).

De esta manera la narración de Mauricio y los otros participantes pueden incluso mostrarle a ellos, enseñarles, conservar recuerdos y pueden alterar el pasado, como lo argumenta Bruner. De modo que la narración también organiza la experiencia y constituye marcos para la construcción del mundo.

La forma en que los participantes se ven a sí mismos también cambia, desde su propio discurso y ellos mismos lo notan. Por ejemplo, en el caso de Mauricio, el lazo familiar se fortalece al momento de conocer el pasado de su padre: saber que su padre “probó” alguna SPA le brinda a él un sentimiento de empatía más fuerte, en cuanto a la forma de ver a su padre y de verse a sí mismo. Pero éste cambio se hace significativo solo después de haber contado la historia de su padre, en el proceso de narrarlo.

Si bien es cierto lo que dice Bruner, lo más interesante dentro de las narraciones, más allá de las estructuras, son los efectos que el texto produce en el lector, o en este caso las narrativas de la institución influyeron en él y generaron un cambio en su propia narrativa y en su actuación. La interpretación del lector sobre un texto se le llama “texto virtual”; hay un proceso interpretativo que se da en la mente del lector que permite ir transformando la idea inicial, sumado a esto y de forma paralela se entremezclan las experiencias y expectativas del futuro. Entonces, no se trata de estudiar tanto cómo están construidas las narraciones

sino de comprender cómo operan como instrumento de la mente en la construcción de realidad (Bruner, 1991).

Las narrativas se ocupan de las vicisitudes de la intención; lo que es en sí lo reconocible de la narración, no hay un proceso complejo de interpretación. Como se observa en el relato de Mauricio, hay una intención en lo que dice y es fácil de entender cuál es. Sin embargo, estos relatos se enmarcan en un lugar y en una sociedad en específico, el *yo* de los participantes está atravesado histórica y socialmente.

En el presente capítulo profundizaré en los elementos que se encontraron en el discurso de Mauricio, de Camila, de Jeisson y de Hernán. Pero antes de adentrarme en estas discusiones, quiero presentar la forma en que se realizará el análisis de los relatos, teniendo en cuenta siempre la noción del contexto y de la sociedad en que nos encontramos.

Gracias a los discursos y los elementos comunes en sus narrativas, construí este capítulo recogiendo los relatos anteriores, retomando la voz de los participantes, mostrando entonces la complejidad existente en sus historias y reconociendo las diversas tensiones que están presentes cuando ellos se nombran a sí mismos en relación a cómo creen que son percibidos por los otros. De este modo, dividí el capítulo en tres apartados que revelan las diversas formas en que se enuncian las relaciones de los participantes frente a su consumo, el otro y ellos mismos.

Estas tres perspectivas transversales se convirtieron en los ejes centrales de la información analizada de los relatos de los participantes. Surgen del contexto mismo de los sujetos, enmarcando condiciones propias de su pensar y sentir gracias a categorías creadas por el otro sobre los participantes. Las categorías a su vez presentan diversos matices dependiendo de las historias y de lo que es común en ellas.

PARA ELLOS SOY

Terminadas las entrevistas, surgió de los relatos una apreciación que se dio de manera recurrente. Existe entre los participantes una persistente referencia acerca de cuál es la percepción que las personas ajenas a sus experiencias tienen sobre ellos y, por ende, sobre su cotidianidad; personas que no son conocidas, personas con las que nos cruzamos día tras día en las calles de la ciudad, las personas con las que muchas veces lo único que tenemos en común es el vivir en la ciudad de Bogotá, en Colombia y porque no, todo ser humano que conozca lo que es el consumo de SPA, la sociedad en sí.

La reflexión sobre lo que los otros creen sobre ellos fue uno de los ejes principales a trabajar; pero no es cualquier sociedad, es una sociedad vista por ellos como dictadora, que no escucha ni trata de entender, sino que solamente tiene su punto de vista. Los consumidores de SPA se asumen a sí mismos como objeto de la mirada discriminadora del otro. Esto lo relataba constantemente Mauricio cuando me comentaba sobre su estudio y sobre ser el mejor de la clase. Según su percepción, eso no bastaba para las personas, por lo que él decía: “Entonces cuál es la maricada de la gente de... porque lo ven a uno vestido diferente, escuchando algo diferente y de venir a juzgarlo a uno y a mandarle la tomba y hasta algunos se alejan cuando uno va pasando...”. En su relato se muestra como él se siente expuesto al estigma social debido al consumo. Sea cual sea la sustancia consumida se expresa la creencia de que todo aquel que no sea consumidor les ve como un obstáculo para el buen desarrollo de la sociedad misma a la cual pertenecen.

Esta idea que redunda en los discursos desde lo que ellos sienten por como los tratan los demás, pareciera ser una variable que fundamenta a la vez su idea sobre su consumo. Esa noción que se construye sobre qué piensan los otros

sobre mí, tiene efectos sobre el incremento o disminución del consumo dependiendo de cada historia. Pero en el momento es que esto es dicho se convierte en algo comprensible para el interlocutor. Es decir, ellos entienden dicho enunciado estigmatizante desde el momento en que hablan sobre éste.

En este caso es el problema se da cuando lo que cree una persona no coincide con lo que la sociedad establece como moralmente aceptable. Es decir, para los participantes su consumo no es aceptado por el otro debido a lo que la sociedad ha establecido como correcto. Entonces, al ir relatando su vida, sale a la luz la postura moral establecida por el otro que se contrapone con lo moralmente aceptado como propio por el actor (Bruner, citado en Morales, 2005). El reconoce que va en contra de las convenciones establecidas y el otro sabe que el consumidor está en contra de los que es correcto moralmente.

La gente de este país

Inicialmente se encuentra la relevancia de lo que creen que la sociedad concibe de ellos, -que son consumidores de SPA-. De este modo se encuentra constantemente que se refieren en sus narrativas a la “gente”, a “todo el mundo” a la sociedad como tal, creando un estigma que aunque muchas veces no está tan alejado de la realidad, muchas veces lo está.

Cuando estaba con Mauricio, era muy común ver cómo sus experiencias al enunciarse, estaban atravesadas por la mirada del otro, por el estigma constante. En este caso, no sólo era por una cuestión de consumo, sino de estilo de vida, de estética. Para él, ser punkero⁵ era una de las razones principales por las cuales los demás, la sociedad en sí, lo discriminan. Su ropa, su forma de caminar, es lo que se muestra de él, el signo que está ligado, para los demás, a aquello que identifica a alguien que “obviamente” consume drogas y que, además, no es “útil”

⁵ Término que hace referencia a un tipo de cultura urbana, el *punk*, como género musical y como referente de identidad.

para los estándares de vida de la sociedad actual. De esta forma, sobresale en su discurso el contra argumento que contradice la “obviedad” de la relación entre el consumo y la no “utilidad” del consumidor. “Nadie se espera” que él pudiera estudiar o desempeñar algún trabajo, según se sigue de su argumentación. Por tal razón sobresale en el relato la importancia que él le da a mostrar y de subrayar lo que él hace: “Yo, por ejemplo, aquí donde me ve todo crestudo y encuerado, me gradué de una universidad prestigiosa de Colombia de microbiología y ahorita estudio una maestría en una universidad prestigiosa de Colombia, y trabajo con una universidad prestigiosa”.

Consumo y disciplina, consumo y trabajo, consumo y prestigio social son los significantes que emergen como contradictorios socialmente pero que reconcilian en una experiencia posible como es enunciada y entendida por Mauricio, la experiencia propia. O como en la historia de Camila, en su relato siempre encontramos que me recuerda constantemente que es juiciosa en el estudio, que no consume alcohol o cigarrillo, que llega temprano a casa. Hay una asociación de narrar algo bueno para poder exponer que para ellos no es claro por qué hay tanto estigma en el hecho de consumir. Juicio y estudio se unen a los significantes supuestamente contradictorios con el consumo que emergen de los relatos.

De esta forma, Mauricio y Camila explican parte de sus logros, sus quehaceres y sus acciones en función de lo que los otros no reconocen como posible en ellos, por ser consumidores. Hay en el discurso una forma de verse según los ojos del otro, y de encontrarse como uno es visto reflejado en la mirada del otro. Dentro de estos relatos reparé en cómo se entrelazan diversos discursos sobre los requerimientos morales y normativos de la sociedad. Una muestra de esto se da cuando los consumidores se ven envueltos en problemas de micro-tráfico; parte de esto sucede porque para la sociedad el ser consumidor de SPA, trae detrás todo un camino de micro-tráfico que expone al sujeto como participante del mundo del crimen no organizado y de la “olla”, lo cual es delito. Claro, es un

delito dentro de lo establecido por la sociedad, pero ¿en qué momento pasa un consumidor regular de una sustancia ilícita tan común como la marihuana a ser una persona criminal?

Hubo un joven con el que hablé (hace parte de los diez entrevistados aunque su relato no lo he mostrado dentro de la tesis), cuya conversación me hizo pensar mucho sobre el efecto de criminalización de una persona por ser señalada como consumidora en nuestra sociedad.

“(…) una vez me llevaron a la defensoría del pueblo y yo ni entendía porque tenía ir allá, fui con mi mamá y entré solo, y la doctora me explicó que era para unas pruebas y cosas para ver si yo era traficante, y me reí (pues obviamente por dentro). Pero me pareció muy tonto eso, entonces, ¡imagínese mis papás como me veían!, como si yo fuera un Pablito Escobar o algo así. Y pues yo nunca pensé en hacer eso, solo que siempre tenía mucho perico y porro porque me gustaba mucho” (Conversación con José, junio del 2013).

El consumo de drogas se asocia al comercio y a la venta debido a una política de drogas que se ha dado de manera global, que ha llegado a acuerdos y tratados que controlan la producción y que han intentado limitar su uso. Por ejemplo, si miramos la política de los Estados Unidos se ha ubicado la droga y el consumo dentro del círculo del narcotráfico vinculando el conflicto colombiano en esa red; estas políticas están inmersas en lo que se entiende como los efectos que puede traer a la seguridad de Estados Unidos, lo que ha generado políticas internacionales de “guerra contra las drogas” que se aplican dentro del país y que guían las formas de actuar frente a un fenómeno. De este modo se ha instaurado en Colombia un imaginario de cultura de la violencia y de cultura de la muerte gracias a las drogas. Todo ello tiene un impacto en los individuos y en los colectivos que consumen alguna SPA. Si miramos las primeras décadas del siglo XX, cuando el proyecto político de Colombia incluía un conjunto de valores y

prácticas sociales que se convirtieron en un programa de acción (Salazar y Jaramillo, 1992), estas acciones permitieron que se legitimara ante una sociedad un modelo que excluía a aquellos considerados fuera de la *sociedad ideal*; creándose sociedades paralelas. Es decir, en una ciudad podrían construirse ciudades paralelas; por ejemplo, Medellín tiene de un lado la sociedad ideal y, por otro lado, las comunas.

De modo, que la guerra contra las drogas empezaba a ubicarse dentro de una guerra de pandillas, creando una problemática social que se refiere a un “fenómeno social o una condición social que es percibido como una potencial o directa amenaza al orden social” (Jamrozik & Nocella, 1998, p. 18). De este modo, al elevarse las evidencias de que el consumo de SPA ha aumentado, nace la noción de que no es solo riesgo sino que es un peligro para la sociedad, convirtiéndose en un fenómeno social con un alto nivel de estigma.

Muestra de esto es lo que sucede a su vez con José, el problema ya no era tan solo que consumiera, sino que podría estar asociado entonces a la venta y podría representar un riesgo mucho mayor para la sociedad. Y así como dice él que pareciera que fuera un Pablo Escobar, es porque ya existe en la construcción de la realidad una lógica relación con figuras públicas, narcotráfico, ciudades paralelas, peligro, y un evidente riesgo; explicando que la cantidad de droga que posee obedece a su gusto por hacerlo.

¿Dónde estaba?

Los participantes de las entrevistas hicieron parte de diversos centros de rehabilitación por consumo de SPA; instituciones que poseen su forma de comprender el fenómeno y así mismo de tratarlo. Existen semejanzas y cualidades entre ellas. Las personas al ingresar a estos centros, ya sea por iniciativa propia o de sus familias (en su mayoría de los casos) o por insistencia de los amigos,

comienzan a entrar en conflicto con sus ideales, pensamientos moralidades y demás, ya que los criterios sobre el consumo y el mundo en estos centros son diferentes a las suyas. Dentro de la investigación no fue de interés el indagar a fondo en cada una de las instituciones, sino comprender en qué medida el estar dentro de un programa podría influenciar a los sujetos en su consumo y en la forma de comprender la realidad.

Hay siempre en los relatos una constante discusión sobre el ser víctimas o el ser victimarios de esta sociedad. En sus historias es común escuchar cómo ellos se perciben como personas a las que se les ve como criminales o victimarios, siendo este el motivo inicial de ingreso al centro de rehabilitación, ya que se internan por decisión propia o por decisión de sus familias. Para las familias son considerados víctimas del mundo, de eso que está allá afuera que no es culpa de nadie. Hay una preocupación en las familias por la pérdida de control por parte de los jóvenes, mientras que estos consideran que siempre han tenido este control y que por lo tanto no son culpables de nada, ni tampoco víctimas ni victimarios. Sin embargo, los participantes son vistos, según ellos, como indefensos, que se dejan llevar, sujetos que necesitan ayuda; las familias comienzan a intervenir, revisar, controlar, a estar vigilantes. Los participantes reflexionan sobre cómo siempre han tenido control, sobre cómo el temor de las familias es infundado. Pero ellos no quieren molestar a las familias, no quieren causar dolor a sus padres, lo único que necesitan es que los dejen tranquilos, acceden a asistir a las instituciones con ese pensamiento: “lo hago por mis padres, lo hago por mi familia”. Porque ellos están por fuera de eso. En la institución se refuerza ese sentimiento. Los discursos institucionales no impactan su reflexividad, no hablan sobre su experiencia.

Sin embargo, al ingresar en los centros se encuentra la percepción de una diferencia entre ser víctima y ser “*paciente*”; ya que, al ingresar a los centros, albergan sentimientos de ver la institución como aquel que “*me hace daño*”, en un sentido en el que me “*desmerita*”; se sienten agraviados ante la institución, en vez

de encontrar un sentimiento de “*ser yo el paciente de una institución en donde me asisten*”.

De manera que el consumidor es ¿víctima de la sociedad?, ¿de la Institución? Varios entrevistados llegaron por sí mismos a las instituciones y sintieron que era tratados como criminales. Como en el caso de Hernán: él decide ingresar por su cuenta al instituto, buscando ayuda, pero se encuentra con una situación totalmente conflictiva para él. Los métodos usados por la institución se fundamentaban en exacerbar sentido de la culpa, en especial en el modo en que su consumo significaba un sufrimiento o un daño para sus allegados, en especial para su familia.

“Pues es que yo sé que estaba muy dañado ya, que ya no podía vivir sin meterme algo. Pero yo fui a que me ayudaran y no a que me trataran como un idiota, diciéndome que yo le hacía daño a mi familia y esas vainas, o sea doctora, yo sé que ellos sufrían, pero por eso mismo me fui pa’l centro y allá me hacían sentir mal, sentía que me atacaban o yo no sé si era mi imaginación porque yo siempre he sido muy rayado pero me sentía muy mal, muy feo, y ya en la calle me miraban feo y me sentía mal, la gente de la calle me hacía sentir mal” (Conversación con Hernán. Abril 2013).

Ser tratado como “idiota”, ser culpado de causar daño, sufrimiento, a la familia, ser despreciado o mirado con miedo son los enunciados que aparecen dentro de la institución. Lo que aparece aquí es que el joven entiende que se lo menosprecia, se lo discrimina y que se le culpa del sufrimiento de otros. El joven considera que el discurso de la institución reproduce el desprecio social y culpabiliza a la persona.

Los sujetos llegan a la institución y se encuentran con que sus formas de actuación son siempre catalogadas como malas y perjudiciales para ellos tanto como para los otros. El consumo siempre es visto como algo negativo que debe

ser eliminado ya que se considera un problema para la persona y para la comunidad. Por eso, hay una necesidad de usar la presión familiar como un detonador de un cambio en las personas internadas. Esto genera mucho más rechazo por parte de las personas que ingresan por su propia voluntad. El elemento de la culpabilidad siempre está presente, ya sea porque ellos se sienten culpables por lo que están haciendo o por que la institución le dice que así es. Sí recordamos a Jeison, en una parte de su relato me cuenta sobre su experiencia en el instituto:

“Las personas de la Fundación nos trataban bien, pero a veces me sentía como un niño chiquito regañado o, pues, no regañado, sino que ya las charlas me aburrían, nos decían que éramos como hijos descarriados de Dios y que Dios quería lo mejor para nosotros, pero que solo nosotros podíamos permitir esos cambios de vida, porque Dios nos ayudaba pero si lo dejábamos entrar y, pues, yo si creía que era mi culpa y sé que es mi culpa...” (Conversación con Jeisson).

En este caso, la institución ejerce un discurso desde la moral, poniendo en ellos toda la culpa de sus actos, ya no es la misma visión de la familia con la idea de que sus hijos son víctimas del vicio; si no, por el contrario, ellos son los únicos culpables de su estado y así mismo de no generar un cambio en su vida. La culpa es un agente usado como método terapéutico. Paradójicamente, esta es la estrategia que los jóvenes terminan por resistir, la que encuentran como insoportable y la que no consideran como eficaz sino como contraproducente. Para quienes ingresaron obligados por su familia, la experiencia confirma su animadversión por estos espacios, al encontrarse con discursos de este tipo, como es el caso de Mauricio y de Hernán. Los institutos resultaban ser para ellos más bien un espacio necesario para complacer a sus familiares, sin llegar a generar mayor cambio en un nivel de consumo, debido a que terminan por ser constantemente acusados de ejercer daño a sus familiares y a la sociedad en sí.

Sin embargo, encontramos otros espacios con características diferentes, como en el caso de Camila. Ella vivió una experiencia bastante distinta al estar dentro de un centro que promovía desde el trabajo corporal y desde la actividad física una transformación en los hábitos de consumo. La culpa y la victimización no estaban presentes en el tratamiento, permitiendo que los participantes fueran quienes terminaban por construir su propio camino y la valoración de sus actos.

Por tal razón, es que las instituciones ejercen una función de co-constructoras de significados en sus pacientes, determinando cambios en las experiencias que responden, de alguna manera, a la comprensión del fenómeno desde la institución misma. El discurso transforma la realidad y de manera más o menos coherente en relación con la lógica misma del lugar, en relación con las prácticas y con el tipo de relaciones sociales que propicia, construyendo su identidad de forma coherente con el momento específico histórico.

Los sujetos en el momento en que relatan construyen su narración desde la experiencia misma, ya sea propia o la transmitida por otras narraciones, ya que las narraciones se tornan a su vez en experiencia para quienes las escuchan, que ya dentro de la narración se olvida de si impregnándose de la memoria de lo oído (Morales, 2005). Para ellos entonces la realidad esta entrelazada con las apuestas y con condiciones que establece la sociedad dentro de las instituciones.

PARA TI SOY

Por otro lado, los participantes cuentan con un núcleo de relaciones afectivas cercanas las cuales constituyen una red importante de apoyo. No solo existe una parte del discurso que se dirige de sus narrativas hacia las personas ajenas a su cotidianidad, sino que a su vez hablan de personas cercanas a ellas, y personas que conocen su historia. Dentro de la investigación se encontraron tres grupos generales: familia, amigos y vecinos; sin embargo, esto no implica que

estas personas conozcan de la misma manera la historia, pero sí son cercanos a su cotidianidades. Así mismo, la cercanía con cada grupo es diferente, al igual que la forma en que se relacionan unos con otros, viendo a la familia como su mayor punto de estabilidad.

Mis vecinos

Constantemente escuché por parte de los participantes su forma de comprender cómo el otro se dirigía a ellos; así como vimos anteriormente. Una idea constante de estigma rodea al consumo. En relación con esto, fue frecuente escuchar frases como *“piense lo que dirá la gente”*, o pensamientos puestos en el otro por parte de los participantes como: *“pobrecitos sus papás si supieran”*, o pensamientos de ellos como *“ahg, la embarré”* en el momento en que los descubren, o un *“qué dirán”*. Estas frases siempre están relacionadas con el temor de que ser descubiertos no solo por sus padres, sino por las personas cercanas a ellos, como lo son los vecinos. Núcleos de personas cercanas a las familias, que no hacen parte como tal; pero pertenecen a un mismo territorio y a las cotidianidades del mismo.

La constante idea de estigma se mantiene y la idea de ser descubierto por los vecinos genera un miedo al saber que la forma en que te verán cambiará y eso a la vez afectará a tu familia, cuando éstos comenten sobre el consumo. Muchos de los jóvenes sienten aún mayor presión al saber que en sus barrios no pueden consumir tranquilamente, al ser vigilados constantemente por sus vecinos; es por esto que ellos sienten que son tratados como niños y juzgados sin entender que no están haciendo nada malo.

Habría que considerar efectivamente que, para el vecino, el hecho de que alguien conocido este consumiendo alguna droga, se constituye en una fuente de inseguridad en su barrio, que genera problemas en el espacio compartido con el

otro; es decir que se hace efectivamente un señalamiento, una inculpación que recae en el otro. Para el caso, los culpables son la familia del consumidor, ya que se considera que es por falta de control y porque no se han puesto los suficientes límites, que no se ha logrado evitar que haya personas consumiendo drogas en los territorios circundantes a sus hogares.

Los vecinos son personas que, en apariencia, no hacen parte de la historia familiar pero sí ayudan a construir algunas de las realidades de las familias, al ser el primer núcleo que contestará algo frente a tus actuaciones. En los barrios, entre los vecinos, se establecen normas de conducta, se construyen historias, se tienen experiencias, se establecen vínculos, se crea una realidad que abarca ese territorio y afecta entonces los actos que cometes al estar en tela de juicio cuando enfrentas la mirada del otro.

Pero existe a la vez otra forma en que el barrio y los vecinos se configuran entre sí, y tiene mucho que ver con lo que anteriormente mencioné de la ciudad paralela; el otro lado. El estigma recae en el barrio completo y no solo en pequeño colectivo o individuo; la misma sociedad se ha encargado de segregar espacial e ideológicamente al otro. Un ejemplo de ello se percibe en el relato de Jeison, quien considera que el consumo no está tan estigmatizado en su barrio. La experiencia de fumar, desde su perspectiva, es más generalizada y menos señalada. Retomemos el siguiente apartado de su relato:

“(…) hasta en el barrio saben que uno fuma, allá es normal, somos muchos los que fumamos marihuana, muchos otros se la pasan con sus bichas, cada uno vive su vida como quiere, ¿no? Entonces, pues, con los vecinos mi relación es estable, nunca tuve problema, solo una vez que escuchaba las voces del vecino en mi casa todo el tiempo y yo les dije, y les dije que le bajaran, hasta que una vez me la volaron y yo estaba borracho y salí a buscarles problemas pero ellos no salieron, entonces todo se calmó. En el barrio nos gusta jugar partiditos de micro, o sentarnos en la tienda a echar

pola y vicio, todos meten algo, así sea un cigarrillo, no hay ni uno que se salve”.

Jeison es participante de un barrio de estrato 1, lo que sitúa el consumo de su lado, del lado de la ciudad en donde, quizá, se ha normalizado el consumo, convirtiéndose en una experiencia pública no necesariamente sancionada o no sancionada de la misma manera; la sociedad espera que la gente de estos barrios consuma, es lo que se considera *normal* y para los vecinos de este barrio termina siendo un hecho. Desde la mirada del otro, fuera de casa, pero del barrio, se ha construido una idea que ha normalizado entre sus habitantes el consumo.

Mi familia

Luego del barrio, del vecino, existe un núcleo mucho más cercano, el de la familia. En este espacio se constituyen algunas de las categorías más fuertes frente al fenómeno del consumo, y es uno de los ejes principales que sirven como red de apoyo para los consumidores. Para ellos, sus actos afectan a su familia pero a la vez en su familia quien los motiva a cambiar dicho consumo y por otro lado existe un mayor nivel de juzgamiento desde estos.

Me encontré entonces con una noción, la libertad. Según el Diccionario de la Lengua Española (RAE, 2016) la libertad se define como la facultad y derecho de las personas para elegir de manera responsable su propia forma de actuar dentro de una sociedad. Así que, de alguna manera, toda libertad tiene sus limitaciones, el “libre albedrío” debe estar regulado por ciertas responsabilidades sociales. Pero, en ¿qué momento esa libertad está limitada por normas que están en contra moralmente? En relación con otras SPA que en la actualidad son legalmente aceptadas como el alcohol, las cuales no están tan atravesadas por el juzgamiento social como sucede con el consumo de sustancias no legales.

Pareciera que, para la familia como para la sociedad en general, ciertas sustancias son vistas como como más problemáticas que otras, las que el país llama y considera como ilegales. Para los participantes hay una clara diferencia entre ambos términos; sin embargo, para ellos su consumo no genera un daño en sí o, como en el caso de la reflexión de Camila, al consumir solo marihuana y no consumir otras drogas legales como el alcohol o el cigarrillo, considera que no está haciendo nada grave, que no es malo y que no daña a nadie, ni a ella. Sin embargo, en su reflexión, si existe una consciencia de que dicho consumo es malo para sus padres y que podría causarles daño a ellos y a la vez generaría un dolor en ella al ver a sus padres afectados por sus actos.

Estos pensamientos son los que generan que ellos terminen accediendo a ingresar por su voluntad a los institutos. Al ser su familia su red de apoyo más cercano y ver que pueden hacerle un daño, toman la decisión de entrar a los institutos de rehabilitación. Cuando para la familia se hace evidente el consumo de los jóvenes, los jóvenes se percatan que sus padres sufren. Pareciera que para los jóvenes es importante no intensificar los problemas que para la familia se crean cuando se hace evidente el consumo. Están dispuestos a ponerse en vigilancia, acceden al cuestionamiento sobre su albedrío. Le temen a la intensificación de los problemas de la familia y, claro está, tampoco quieren causar sufrimiento a los familiares más cercanos, los padres, los hermanos y demás. Solo en el caso de Hernán, las circunstancias son distintas porque las relaciones familiares ya se han deteriorado de hecho, a causa, según él, del consumo. El consumo mismo es el que es problemático.

Existe una moralidad que impregna el actuar, el pensar y el decir, es una dicotomía que surge entre el pensar qué está bien y qué está mal, cuestionamiento constante entre los participantes. Estando presente siempre el otro en sus reflexiones. Los discursos iban entre un pensar propio pasando por

pensar en sus familias, amigos, vecinos y pasando por agentes mucho más lejanos como la policía, o la autoridad, el país, etc.

“(…) pues mira, yo estoy y estaba consciente de que estaba consumiendo mucho, no había un solo día en que no me metiera alguna vaina, desde un porro hasta un ácido un martes de universidad. Pero, pues, pensaba al mismo tiempo que pues nadie sabía, pues de mi familia y eso; mis amigos sabían pero pues no que metía todos los días. Entonces algunas veces me metía unas depresiones horribles porque me sentía muy hijueputa con todos, como que mi familia súper religiosa y yo siempre fui como la niña rebelde, pero jamás pensaron que llegaría a eso. Entonces me sentía mal, pero me gustaba y pues no le hacía daño a nadie, o sea, no jodía a nadie, ni nada; era yo sola en mi video, era algo que me hacía feliz. Entonces, yo no sé, la verdad no sé qué sentía…” (Conversación con Claudia. Bogotá, enero de 2013).

Claudia es otra participante, su historia revela aquella tensión dual redundante en los relatos entre el gusto por lo que haces y el sufrimiento que causas con ello a tus familiares cercanos. Me di cuenta con ellos que cuando se consume, no se piensa mucho en las consecuencias que ello puede traer en ti porque se confía en el autocontrol, pero sí en las consecuencias que pueden darse para el otro, para aquel que es cercano a ti. Hay una conciencia de que los demás pueden sufrir por tu consumo, pero a la vez se enfrentan a su propio pensamiento de no hacer daño a nadie. Es decir, para ellos su consumo no debería generar un daño en sí a sus familiares porque tampoco causa daño en ellos mismos. Estas reflexiones de los participantes muestran la forma en que el sujeto siempre interactúa a partir de sus experiencias e intercambios con el otro, partiendo de que está inmerso en una sociedad que te establece ciertas preocupaciones y tensiones que devienen de las relaciones con los otros de manera constante, en una negociación acerca de los límites donde están en juego las consideraciones sobre la libertad, el libre albedrío, las responsabilidades

sociales y, en especial, las responsabilidades que tenemos con esos que nos son más próximos.

A pesar de que ellos tengan su punto de vista sobre su consumo, la familia está atravesada por emociones y sentimientos que los convierten en su red y su apoyo más cercano. Lo que dificulta la capacidad de discernir entre lo que es esta moralmente aceptado por ellos como sujetos consumidores a lo que establece su familia según la moralidad de la sociedad. Ellos consideran que no hacen nada malo y que por eso sus familiares no deberían juzgarlos. Pero entienden las razones por las cuales sus familiares sufren, esas razones son las de pensar que el consumo es peligroso e, incluso, la preocupación por la mirada, por el “qué dirán”. Es decir, entienden que se enfrentan a una preocupación infundada, porque ellos tienen el control y saben lo que están haciendo, así como a una preocupación que responde a una moralidad social que es arbitraria.

El problema radica en que para ellos su familia es quien los juzga, para ellos su familia hace parte de ese otro que no comprende sus actos y que está impregnado de esos constructos de la sociedad, los cuales algunos de los participantes no comparten.

Esta dicotomía en su pensar y en su actuar está atravesada por una reflexión constante en sus narrativas y es el hecho de sentirse infantilizados por parte de sus familiares. Se asume que las nociones de autoridad y control que se ejercen por parte de la familia, los hace sentir como niños a los cuales se les debe imponer reglas constantemente. Parte del acto en sí de consumir representa para los participantes una posibilidad de ejercer voluntad propia sobre sus actos, sobre su cuerpo; es decir, el consumo para ellos es un acto que manejan ellos mismos y que solo sería un problema cuando ya no pudieran controlarlo, lo que no es del caso. Consumir genera una experiencia satisfactoria de libertad, sobre todo al ser tan estigmatizado por los otros: *“yo consumo porque me gusta y puedo”*.

De esta manera, escuchar cómo sus familiares les imponen límites representa en ellos una pérdida de poder y de control, como cuando eran niños. Este ámbito familiar, tiene un patrón de comportamiento que se ha establecido en sociedades como las nuestras. De modo que la familia es una institución que tiene una visión proteccionista y de instrucción hacia el otro sobre las normas y sobre los valores. De modo que el control y la protección es vista como la mejor manera de asegurar que sus hijos tengan un mejor futuro. Padres y madres quieren proteger a sus hijos e hijas, en la medida que sea posible, del sufrimiento, del riesgo y el peligro que se pueden encontrar en el exterior, aunque dando al mismo tiempo un margen de libertad lo suficientemente razonable para que descubran, vivan, conozcan y se valgan por sí mismos y mismas, aunque ese margen, como puede observarse a partir de la gran diversidad de familias, es muy variable. Del mismo modo, en tanto que tienen interiorizada una ideología, unos valores y normas, van a tratar de inculcarlos, consciente o inconscientemente.

Es así donde se establecen los valores y las normas que su hijos deben tener cuando sean adultos, pero en el momento en que los jóvenes toman decisiones que van en contra de lo establecido por su familia, se presenta un choque y una necesidad de volver a colocar límites, ya que los jóvenes están todavía bajo su dominio; se trata de personas adultas pero también de personas dependientes, necesitadas de protección; un estado liminal que no ha alcanzado el beneficio de la adultez plena. La experiencia aparece como argumento bien fundamentado para que los participantes renuncien a actuar como creen y para que accedan a “obedecer”, con base en el fundamento de lo que sus familias consideran qué es correcto para ellos. Para los participantes esto es aceptable si eres un niño, tener a alguien que constantemente te diga qué debes hacer, pero resulta problemático en el lugar ambiguo que ellos ocupan en el momento en que su consumo se hace evidente.

PARA MI SOY

Nosotros somos

En muchos de los silencios de los participantes comprendí que se sentían atacados por el mundo, en su mente había constantes contradicciones; debían tomar decisiones que los satisficiera a ellos y a la vez no dañaran a nadie. Caminan por el mundo con una cruz, el consumo. Sus relatos son una pequeña parte de sus vidas, todas las historias son diversas, diferentes, con distintos finales, matices y emociones. Todas igual de válidas, ciertas, humanas, y a la vez comunes en las calles de Bogotá. Comunes como el SPA, como el consumo, como ese olorcito tan característico que encuentras en las calles a diferentes horas en diversos lugares.

Todas las personas que hablaron conmigo me hicieron parte de sus vidas por un segundo. Aprendí cómo para Camila y para Mauricio la vida no les fue tan difícil, pudieron estudiar, trabajar y contar con sus familiares. El consumo en sí no ha significado, para ellos, un problema mayor y accedieron a estar en los centros de rehabilitación por sus familias. Sin embargo, hubo historias como la de Hernán y la de Jeison que muestran otra forma de vivir el consumo; para ellos sí era un problema, algo que los llevó a otra forma de vida, que los alejó de lo que querían y que, a pesar de que no lo han dejado del todo, en ellos se ha creado una conciencia sobre cómo entender el consumo y como vivirlo.

Pero hay algo en común en la mayoría de relatos, en especial en los cuatro que quise compartir en este texto. El gran cambio que ellos dicen que dieron frente a su consumo se da gracias al compartir con otros dentro de los centros de rehabilitación, al escuchar otras historias, otras vidas, al volver parte como yo de las experiencias de alguien más, a través de sus palabras. El compartir con otro que estaba quizá en su misma situación les permitía hacer una reflexión y

transformar parte de sus pensamientos y de las realidades de este preciso momento.

Las redes de apoyo, los círculos cercanos de los participantes crean nociones construidas a partir de la cercanía con alguna persona. Lo mismo sucede con los dilemas morales que he tratado de describir anteriormente. Estar constantemente haciendo actos reflexivos y poderlos compartir con alguien más, te da la posibilidad de transformar y de comprender.

De esta noción surge en la investigación la idea de compañerismo. Entendiéndose este como un elemento fundamental dentro de las instituciones y en el proceso de dejar o de disminuir el consumo. Para los participantes el poder realizar cambios dentro de sus cotidianidades se le atribuía a la presencia de compañeros que se encontraban en la misma situación. Eran para ellos puntos clave mucho más efectivos en sus procesos que la institución misma o que los familiares, ya que se situaban como pares y no como figuras de poder o de control que ejercían en ellos tantas contradicciones.

Si recordamos a Jeison, él me cuenta cómo, estar en el Centro, fue de gran utilidad en especial por sus compañeros, quienes le ayudaron a pensar distinto frente a su consumo, ya que el hecho de poder compartir con ellos y contarse diversas historias de sus vidas, le permitía comprender que el otro era igual que él. Muchas de las historias que encontraban dentro de los centros eran parecidas, lo que generaba una unión y un sentimiento de apoyo. Jeison ya no se sentía como alguien excluido, sino que era parte de algo y además ese otro que estaba en el mismo lugar de él, sentía muchas de las cosas que él. Esto genera vínculos.

“(…) y es que ellos son como uno, o sea, están sufriendo igual que uno. Uno cree que solo es uno el que se siente mal cuando no mete, todo desesperado, pero todos estamos igual y eso ayuda... En el centro muchos de los que nos trataban habían sido adictos también, y nos contaban las

historias de ellos; pero no sé, era como diferente, a mí me gustaba más salir y hablar con mis compañeros” (Fragmento entrevista con Jeison).

Esta importancia de la relación con el otro, de sujeto a sujeto, como iguales, trae a colación lo que es la conciencia, definida como el acto psíquico mediante el cual una persona se percibe a sí misma en el mundo, y del conocimiento reflexivo de las cosas a su alrededor⁶. Los sujetos, gracias a las narraciones sobre las experiencias de sus compañeros, ejercían un acto reflexivo al pensar en dichas relaciones. Es decir, los sujetos generan una forma de interpretar lo que han vivido, haciendo evidente lo que ellos privilegian en la explicación; de este modo, reflexionan sobre los hechos, los sucesos, momentos y acciones que han ayudado a propiciar un cambio relevante o significativo en sus vidas. Estas reflexiones son las que considero importante dentro de la investigación, ya que me permitieron conocerlos como sujetos que elaboran ideas y nociones sobre su propia experiencia.

Por eso quiero mencionar el siguiente fragmento que hace parte de una de las entrevistas que realicé. Él es Juan. En lo poco que pudimos hablar me compartió cómo, estar dentro del Instituto y compartir con sus compañeros, lo hizo reflexionar.

“Yo sé lo que hago, así nadie me crea o nadie entienda. Uno sabe decir hasta dónde aguanta la mayoría de veces y pues no le miento que varias veces he mentido más de lo debido y me levanto en otro lado sin acordarme de nada y todo vuelto nada; pero aun así puedo dejar pasar hasta una semana sin meterme un porro, un perico, un ácido o, bueno, lo que sea; lo que si no dejo es mi cigarrillo, hasta dejar de tomar un viernes puedo, pero mis cigarrillos ni por el putas... Allá me di cuenta que tal vez si me estaba excediendo y tales, pues yo con los que me hablaban allá los sentía muy lambones. No sé, no me gustaba, pero varios de mis compañeros pensaban

⁶ <http://definicion.de/conciencia/>

lo mismo que yo y pues todos éramos conscientes de que había que tener más cuidado y ya. La mayoría pudimos, un par no, y ahora uno los ve por la calle re drogados, ya ni saben quién es uno, ni saben quiénes son ellos yo creo. Y esas cosas a uno lo ponen como a pensar, como alerta, y es ahí cuando uno mismo dice: -Uyyyy, sí, parece, si sigo así la cago. Y ya, pero es eso, los que quedan ahí metidos no piensan en nada, y esa es la cagada” (Conversación con Juan. Bogotá, junio de 2013).

Para los sujetos participantes la institución se convertía en un lugar de experiencias y aprendizajes a partir del compartir con el otro. Gergen (2012) afirma que la construcción del *self* se da en términos siempre relacionales; es decir, que las narrativas no solo enfocan las nociones individuales, sino que muestran la gestión conjunta de la realidad. El escuchar y el hablar con otros compañeros dentro de un mismo contexto genera cambios que surgen desde el lenguaje mismo, lo cual debe comprenderse como un proceso micro-social. Aquí también es pertinente la argumentación de Gergen (1994) según la cual las relaciones sociales que se dan dentro de estos espacios se sostienen en torno a los relatos que permiten la inteligibilidad y coherencia a la vida; por tal razón los relatos del yo permiten establecer identidades, en donde el pasado cobra sentido en el presente, siendo aceptable y propicio así mismo construir relaciones con facilidad. Las relaciones entonces generan efectos, creando, manteniendo y modificando mundos (Gergen, 1994). En los relatos se hace evidente que el espacio significativo, en todos los casos, en términos de la transformación que propicia, es aquel en el cual la historia de cada uno de ellos se entiende desde la comprensión del otro; historia basada en los procesos de construcción de significado. Desde el lenguaje se hacen interpretaciones más coherentes con las concepciones propias, más plausibles en la lógica de los jóvenes para comprender la experiencia en sus propios términos.

Es a través de la palabra que se constituye el mundo; por tanto, es a través de las narrativas, de esos relatos, de los enunciados, donde se dan a conocer las

realidades simbólicas (valoraciones, significaciones, apreciaciones) que se tienen del mundo, viendo cómo la percepción se construye en la narrativa y es la narrativa (ellos dicen discurso) la que moldea la experiencia (Bruner, 1997).

Además, al ver la realidad desde este punto, se entiende pues que es elaborada por cada sujeto desde el lenguaje, y esto es lo que le permite dar cuenta de sí mismo a través de los demás que interactúan en su entorno (Pearce, 2002). Bruner (1986) afirma que el mundo no es independiente de las versiones que se tengan de él y que estas versiones son producidas por la mente. Pero las “creaciones” de mundos parten de otros mundos anteriormente construidos y no de concepciones antiguas (p. 22).

En palabras de Bruner, es interesante ver cómo “al final abrigo la esperanza de poder fundamentar que es mucho más importante, para apreciar la condición humana, comprender las maneras en que los seres humanos construyen sus mundos, que establecer la categoría ontológica de los productos de esos procesos. Porque mi convicción ontológica central es que no existe una realidad “antigua u original” con la que se puede comparar un mundo posible a fin de establecer alguna forma de correspondencia entre ese mundo y el mundo real” (Bruner, 1986, p. 55).

Esta correspondencia entre un mundo y el mundo real que está intrínseca en las narrativas, fue uno de mis puntos de partida para poder analizar y comprender al otro. Que el otro no fuera tan solo un objeto de estudio, sino que tuviera una voz, que su narración se conservara viva para comprender al sujeto desde sus propias reflexiones. Los enunciados de los sujetos dan cuenta de la construcción de la realidad; viendo las narrativas como un *acontecimiento comunicativo*, como la construcción de relatos, mediante los cuales saldrán a flote los elementos necesarios para indagar la manera en la que las instituciones abordan el fenómeno de la adicción y en que configuran categorías con respecto a éste, las cuales influyen en la construcción de realidad de los sujetos intervenidos.

Lo anterior debido a que el ser humano, mediante las narraciones, recibe y transmite todo su acervo cultural, y ellas son la base para conformar su percepción sobre el mundo, así el discurso más que una forma de representación, es “*un instrumento de la mente en la construcción de la realidad*” (Montealegre, 2004, p. 25).

Yo soy

Las narrativas de los participantes no solo se refieren al otro y a lo que el otro pueda pensar sobre ellos y sobre sus acciones; sino que hacen un gran hincapié en la forma en como ellos se ven a sí mismos.

Vemos dentro de los discursos una idea que circula al frente de la noción de la fe en sí mismos, en frases como: “*no puedo*”, “*no creo que pueda*”, “*yo puedo*”, “*yo sé que puedo*”. En las entrevistas se encontró que todos, sin excepción, hablan de un “*yo sé que puedo*”, en un sentido de confianza, si se quiere de fe, en sí mismos; es decir; en ellos surge la siguiente idea: “*yo he visto que varios pueden, ¿por qué yo no?*”. Esto teniendo en cuenta que sus discursos suelen comenzar con una noción de sentirse incapaces de poder dejar el consumo, ya sea por el gusto que le tienen o porque es algo que ya hace parte de sus vidas y lo conciben como necesario.

Esto se evidencia en la historia de María, otra joven con la que conversé. Ella no me contó mucho de su experiencia pero sí algunas cosas que me permitieron profundizar en la forma cómo se configura ese yo dentro de un comportamiento como el consumo:

“(…) la verdad, al principio, yo no creía que pudiera bajarle a algo, es que yo siempre tuve que, al menos, oler todos los días, todos, o sea, no había

un solo día que no hiciera algo, o tomar, oler bóxer, o alguna cosa, ¿sí? Y yo creía que no tenía un problema, o sea, como que sí lo sabía, pero no quería aceptarlo, yo le decía a mis amigas que todo bien, que yo sabía que si un día no quería algo pues no lo hacía y ya, así de fácil. Pero pues, lo terminaba haciendo a escondidas, yo siempre tenía mis caletas por el cuarto, en los peluches más que todo, hasta que se me salió como de las manos y todo el tiempo quería meter algo, lo que fuera y fue mi tío el que se dio cuenta... Con ayuda de él le dijimos a mis papás y me llevaron a un centro de rehabilitación y, pues, allá si peor, porque yo nunca creí que podría dejar de meter lo que fuera, es que hasta me olía los marcadores, ja, ja, ja. Pero ya de a poquito y sintiendo una ansiedad horrible, ya empecé a ver que en realidad si podía, porque al fin y al cabo eres tú misma quien se tiene que ayudar, si no crees en ti, nadie lo hará” (Conversación con María. Bogotá, abril de 2013).

Surge la cuestión de la normalidad/anormalidad, entendiendo anormal como la parte que ellos mismos aceptan donde no tenían ya control sobre lo que consumían, la cantidad y la manera en lo que hacían. Y siendo lo normal, un consumo constante de “marihuana”. Como en el caso de Camila, de Mauricio y, también, de Pablo (otro participante que aceptó hablar conmigo un rato para colaborar con la investigación). Para todos no existe un inconveniente en fumar marihuana, eso se asume como normal y no peligroso por casi todos los que participaron. Se ubican en niveles las drogas y a ésta se le deja de percibir como tal, se le asume como un si fuera un cigarro o algo que pudiese ser cotidiano al no tener consecuencias fuertes.

“(...) para mí es normal fumarme un porro de vez en cuando, con mis parceros, en una farra o simplemente un día sacando al perro al parque. Aunque sé cómo es la gente, intento evitar lugares concurridos y mucho menos si hay niños por ahí.... Me alejo no por lo que piensen de mi como tal, solo como porque sé cómo es la gente y si les molesta tanto, pues evito

esas cosas... Y yo creo que si dejaran de lado tanta vaina y se ponen a ver cómo somos los que fumamos solo porro, por ejemplo, se darían cuenta que no es dañino, bueno aunque todo en exceso es malo. Yo probé varias cosas y me gustaban, pero ya después de salirme de ese centro entendí que tenía que tener cuidado y pues el porro es algo que puedo hacer todos los días sin necesidad de ser un drogadicto. Para mí es algo normal, además es natural y tiene muchas propiedades buenas” (Conversación con Pablo. Bogotá, abril de 2013).

Se construyen nociones sobre las acciones necesarias para justificar el consumo frente a las nociones establecidas por el otro, al igual que cuantifica la cantidad, las razones del consumo y qué puede ser considerado como exceso y qué no, frente al efecto que puede ejercer en las personas en el momento del consumo.

Los participantes han hecho reflexiones frente al otro, frente a sus actos, frente a sus experiencias y han establecido criterios frente a ellos mismos y a la vez frente a su consumo; expresiones como: *“yo le bajé a todo”, “ahora me mido más”, “soy más consciente”, “solo fumo porro”, “solo lo haré los fines de semana”, “ahora tengo más control”, “no lo hago en lugares públicos”, “ya no cargo tanto en la maleta”,* entre otras, nos dan cuenta que, al finalizar su estadía en los centros de rehabilitación, el compartir con su compañeros, hablar con sus amigos y familiares ha permitido en ellos una reflexión que ha llevado a construir nuevas nociones, relacionadas ellas con el control frente al exceso. De igual manera se han establecido límites desde lo que cada uno considera que debe ser, han asumido casi todos lo que llaman ellos como *consciencia* de su consumo. Han construido igualmente lo que es normal para ellos y una noción de cómo manejarlo con los otros.

Para algunos de los sujetos con lo que compartí, su consumo no representa un problema y no lo piensas dejar; desde su forma de ver, ellos son sujetos que

cumplen con varias de las condiciones establecidas por la sociedad: un trabajo, un estudio, un horario, una responsabilidad. Sienten que de este modo no están infringiendo nada, están cumpliendo. Tan solo hace algo que les gusta, lo hacen de manera consciente y controlada.

Ha habido en ellos diversos momentos, uno previo al entrar al centro y otros después. Es evidente que el centro como tal no ha efectuado por si solo un cambio en los pacientes, sino la posibilidad de compartir con alguien que se presenta como igual y frente al cual hay un efecto de reflexión en la experiencia. Pero también se ha generado en los participantes, como en el caso de Mauricio y de Camila, la idea que al salir del centro están más seguros de lo que quieren consumir, cómo y dónde. Se ha desvanecido un poco la noción de que ellos les generan daño a sus familiares y se han centrado en forjar una concepción clara de cómo deben hacer, cuándo y sí deben hacerlo, pero desde una posibilidad de ser una decisión propia y no generada por una moralidad fundada en la percepción de los demás. La contradicción que tenían ha tomado otra forma y ha sido resuelta como la toma de decisión frente al consumo.

Para el caso de Hernán y de Jeison, si ha sido distinta su forma de verse a sí mismos. Era para ellos necesario cambiar y dejar de lado el consumo. Su vida si se había puesto en riesgo por el consumo y los afectaba a ellos y sus familias; pasar por un centro de rehabilitación y recibir el apoyo de sus compañeros les dio la posibilidad reflexionar pero también de retener un sentido de control sobre sí mismos. Ellos, a diferencia de Camila y de Mauricio, no se sienten a gusto con sus vidas y no se sienten felices con las cosas que vivieron por el consumo. Pero lo que sí es común entre todos ellos, es que se percataron que el único que decide si quiere o no quiere son ellos mismos.

CAPÍTULO III. CUANDO HABLAMOS CREAMOS REALIDAD

“(…) Pues, como tal, no creo que esos centros sirvan de verdad; o sea, de alguna manera ayudan a cositas, pero siento que ver a los otros y a sus vidas, ahí sí uno empieza a poner cuidado a charlas y a cosas de esas, pero siempre estás pensando en las historias de los otros, como comparando las vidas, y ahí sí uno cae en cuenta de muchas cosas, es más... ¿sabes qué? De hecho, acabo de caer en cuenta que si sirvió de alguna forma” (Fragmento entrevista con Mauricio).

Ver al otro o verse en el otro como si fuese un espejo es parte del camino que han recorrido las personas que compartieron dentro de un centro de rehabilitación. Compartir un momento, hablar, tomarse un tinto o fumarse un cigarrillo generó el momento necesario y suficiente para entrelazar sus historias, sus anhelos, sus sentimientos; en los días que estuvieron juntos crearon realidades paralelas y transformaron parte de su realidad. Sus días dentro de los centros de rehabilitación son parte del entramado complejo de tensiones que tienen los sujetos en su día a día.

Fue sorprendente escuchar cómo los participantes se podían reconocer en el otro, cómo escuchar las historias de las personas que pasaban por ese mismo lugar les permitía a ellos poder comprender su propia vida, reflexionar y llegar a nuevas conclusiones sobre su consumo, su familia, sus decisiones, etc.

Mauricio decía que “*ver a los otros y a su vidas*” era lo que le permitía entender que era lo que pasaba y así mismo tener más consciencia de hasta qué punto quería llevar el consumo: “yo sigo metiéndome todo lo que se me atravesase si tengo ganas, pero uno es como más consiente de las cosas”. Parte de estas afirmaciones nos recuerdan que nuestras narrativas no son solo un reflejo incuestionable de nuestra realidad, sino que son construcciones contingentes, es

decir, narraciones que pueden que sucedan o no, palabras y pensamientos que podemos elegir si queremos decir o callar. Está en mí lo que decido comunicar a los otros por medio de mi lenguaje, el cual no representa en totalidad mi experiencia ya que en medio de todo esto hay una infinidad de emociones, sentimientos, pensamientos, reflexiones y constructos que siempre se puede elegir callar.

La realidad se estructura según los contextos relacionales y según cómo tratamos de explorar el significado del discurso a la luz del contexto; es decir que el sentido del discurso está dentro de un por quién y con quién y si es aceptado en el marco de una u otra relación, desprendiéndose de quiénes los sostienen como para quienes forman parte de su entorno. Lo que esto quiere decir es que lo que pensamos y decimos siempre depende del entorno social que apoya o censura. Así que nuestra realidad siempre puede ser mutable, está en construcción, en devenir; podríamos decir que tenemos un grado constante de incertidumbre y de libertad o tenemos la posibilidad de elegir una realidad anquilosada.

Parte de lo que se da dentro de los centros de rehabilitación fuera de los tratamientos establecidos por ellos, es la posibilidad del diálogo; una posibilidad, que permite inventar nuevas configuraciones dialógicas que nos posibilitan inspirarnos en las experiencias propias y ajenas. El diálogo con el otro fue lo que hizo pensar a Mauricio, Camila, a Jeison y a Hernán sobre ellos mismos; el reflejo del otro como sí mismo fue lo que puso en duda sus vidas. Dice Gergen “conforme más en duda ponemos las afirmaciones tradicionales, más soltamos las amarras del “yo individual” y nos abandonamos al flujo continuo de la existencia relacional” (2006).

Mostrando que en la medida en que sigamos construyendo un mundo centrado sólo en mi experiencia individual, éste resultará limitado; pues mis conclusiones acerca de lo que es la realidad son apenas la manera en que yo veo el mundo, pero no en como yo veo el mundo dadas mis relaciones sociales y con

el mundo. El compartir con el otro es lo que me permite entretejer una red relacional infinita, caótica, impredecible y hasta maravillosa; ya que me permite cambiar.

“La vida en un acontecimiento narrativo” (Gergen citado por Morales, 2005), porque gracias a la narración es que las situaciones se convierten al algo inteligible, la forma de poder compartir un suceso es por medio de los relatos. La vida, los sucesos, las experiencias, el mundo es significativo en cuanto es narrado; eso narrado encierra también las formas del no decir, encierra todo lo que nos llamamos, también se refiere a lo que se escribe y lo que se borra con el tiempo.

De esta forma se entiende que los relatos son una herramienta para poder interpretar lo que da el significado a la vivencia en el presente, así que los acontecimientos no son posibles sin una narración que los enmarque. Los acontecimientos descritos en la narración adquieren sentido de realidad en la medida que pertenecen a un orden moral del cual obtienen su significación; su inclusión peculiar dentro de un relato les otorga un significado del que por sí mismos carecen; no se puede narrar sin moralizar, porque la narración es un valor moral dado por el deseo de que los acontecimientos revelen la coherencia, la integridad, la plenitud y el cierre de una imagen de la vida que es y solo puede ser imaginaria (Morales, 2005).

Los relatos de los sujetos que participaron en la investigación construyen una narrativa por medio de enunciados que construyen realidad. Estas narrativas son entendidas como un *acontecimiento comunicativo*, mediante el cual saldrán a flote los elementos necesarios para indagar la manera en la que las personas consumidoras abordan el fenómeno del consumo y configuran categorías con respecto a este, las cuales influyen en la construcción de realidad de los sujetos y en cómo se entienden las instituciones.

En el caso particular del fenómeno del consumo, con respecto a los sujetos participantes, se tenía el cuestionamiento de sí al momento de ingresar a estas instituciones, crearían nuevas realidades con respecto a sí mismos y a su entorno, debido a que han sido interpelados a partir de una serie de narrativas institucionales que se enmarcarían dentro de un conjunto de normas y morales dadas desde el mundo actual en el que estamos. Sin embargo, y como abordé en el capítulo anterior, los sujetos allí intervenidos generaban marcos de referencia de rechazo a los institutos, a su forma de comprenderlos a ellos en esas instituciones y al fenómeno en sí.

El rechazo que se genera por parte de los participantes frente a la idea de entrar en programas de rehabilitación y con el centro mismo se debe a que “todo intento de abordaje sobre el problema de las drogas supone enfrentarse a dos cuestiones frecuentemente omitidas (...), por un lado las representaciones sociales acerca de las drogas; y por otro, los mecanismos sociales que la sociedad pone en marcha a efectos de control dicho fenómeno” (González Zorrilla, 2000, p. 7). En este sentido, una vez que el uso de drogas es calificado como socialmente como un delito y como una enfermedad, una serie de dispositivos, representaciones y prácticas impactan a los sujetos señalados como “adictos”.

Los centros de rehabilitación o las comunidades terapéuticas son en sí instituciones que sostienen que los consumidores de SPA son enfermos que pueden curarse si se le impide el consumo de determinadas sustancias. Estas instituciones son una “estructura que guarda una cohesión interna, cuyo objetivo esencial lo constituye el logro de una situación que pueda ser en su totalidad coherentemente terapéutica” (Guggenbühl-Craig, 1992, p. 20). Se utiliza un modelo que tiene como fin un cambio por medio de procesos terapéuticos de distinta índole, que tiene como fin la rehabilitación del paciente.

A partir de los relatos de esta investigación, se plantea cómo, para las personas que van a ingresar, hay un carácter político de prohibición y una

definición del SPA como un fantasma criminal sobre ellos donde se asientan las estrategias de los centros de rehabilitación. La institución tiene la imagen del toxicómano que debe cambiarse; la diferencia radica en que para el sujeto eso representa en sí ya un problema, puesto que este proceso de construcción de estereotipos por parte de la sociedad y, por lo tanto, del instituto reviste una complejidad de significados preestablecidos sobre los sujetos, los cuales muchos han decidido rechazar.

Las instituciones están directamente vinculadas con el “problema de la droga”, al reproducir un esquema jurídico-sanitario. El consumidor es un sujeto “anormal”, carente de autonomía, de racionalidad y de libertad, que es considerado un peligro para la sociedad. Algo debe hacerse con él para desandar (o evitar) su camino casi inexorable entre la droga, la adicción y la delincuencia.

Contrario a esto para el sujeto consumidor que ingresa al centro, y desde las experiencias aquí consideradas, por influencia de sus familiares o amigos considera que en él no hay ninguna enfermedad, el consumo es algo normal; dentro de sus reflexiones ellos consideran tener la autonomía, la racionalidad y libertad suficiente para decidir consumir, y no son un peligro para la sociedad. En otras palabras el instituto no sirve sino como un dispositivo de control y de autoridad que los trata como a niños, vigilándolos todo el tiempo, diciéndoles qué hacer y queriendo cambiarlos según lo que la sociedad considera como correcto.

Como decíamos anteriormente, este marco de referencia de rechazo hacia las instituciones, no permitía ni generaba la posibilidad de comprender y de asimilar las narrativas establecidas por la institución, de tal manera que no generaban resonancia alguna en los participantes, no había un cambio o transformación que sucediera en ellos más allá de fortalecer sus reflexiones sobre su consumo.

Los discursos de la institución, en cambio, cobran sentido para ellos en el momento en que comparten con alguien más que hace parte del programa, en el momento en que la historia del otro cobra sentido en sus propias vidas. El poder visualizarse rememorando la vida de otro genera una transformación en su realidad. Resulta particular considerar que la posibilidad de validar el centro se da no por su estructura y programa, sino por quienes participan y hacen parte de él, y por quienes a partir de allí gestan un lugar de verdadero acompañamiento, en donde ya no existe una relación jerárquica, ni una idea de poder y de control.

Un cigarrillo, un tinto, una charla con él que es igual fueron mucho más significativos que el programa en sí. Estas formas de relacionarnos se entienden como una acción social que surge desde la actuación entre individuos que constantemente ajustan y conectan sus comportamientos en relación con sí mismos y a los demás mediante un proceso hermenéutico de interpretación de sí mismo, a través de narrativas.

Somos narrativas; vivimos, unos con otros, vidas narradas.

Estas nuevas narrativas que ahora hacen parte de los sujetos, son lo que se entiende como cambios o como transformaciones de su mundo o su realidad. Cambios logrados dentro del centro de rehabilitación pero gracias a las relaciones creadas con otros compañeros por medio de diálogos. Narrando la vida se ha desarrollado un constructo sobre el fenómeno del consumo y de la adicción. Entendiéndose a partir del otro es que se establece una consciencia del acto de consumir, unos límites establecidos de forma propia, comprendiendo el consumo como algo propio y como consecuencia de los actos establecidos por cada sujeto, distanciándose de la noción de enfermedad y convirtiéndose en un estilo de vida que se tiene por deseo propio.

Estos constructos son el resultado de los modos en que los sujetos se relacionan, mediante el compartir, las narrativas del otro, su interacción y

generación de un diálogo. Es decir que la forma en que se comprende el fenómeno del consumo y la adicción es gracias a un continuo proceso relacional que permite co-construirnos.

Esta noción es contradictoria con la estructura de la rehabilitación de los institutos que establecen una única verdad, desde una metáfora de lo individual, lo singular y lo unificado. Resulta ser más “terapéutico” el poder dialogar, ya que permite diversas construcciones de lo real, siendo cada una más válida dentro de su contexto y de su propia comunidad. La vigencia del instituto cae en una idea simplista y opresora, pero ofreciendo la posibilidad de poder compartir con sujetos que están igual o peor que uno en su adicción.

Resulta paradójico que las múltiples relaciones dadas dentro del centro cobran sentido de igual manera en el marco mismo de la idea de rehabilitación, hay algo en ese sitio que los convoca a todos y que permite que sus diálogos se construyan en función de eso. De esta manera cada sujeto está construyendo su identidad y su mundo a su manera desde una idea provisional y opresora de consumo dado por la sociedad que es la que los pone en la situación de rehabilitación. Pero, a la vez, estar dentro de este espacio que es considerado como opresor propicia una nueva idea de ese mismo consumo en la interacción con el otro que está ahí por las mismas razones socialmente construidas. Es posible que en otras circunstancias estos diálogos no generaran tanta resonancia como la tienen en ese momento y en ese espacio.

Es cierto que se construyen realidades entre personas en grupos específicos, se cierran ciertas puertas y se abren otras; elegimos estar en un grupo, decir algo o hacer algo. Unos entraron al centro por decisión otros no, pero ahí encontraron diferencias de pensamiento y de mundos; pero a la vez encontraron una voz similar. Entonces el problema en sí no es que exista diferencia; el asunto es cómo se logra construir algo común para esas diferencias que consideramos irreconciliables. Es decir, que decisiones toman los

participantes más allá de la idea de autoridad, de opresión, de enfermedad y de juzgamiento que encuentran en los centros de rehabilitación.

La emocionalidad que se generan entre ellos desde sus narrativas es la que dispone un diálogo, que tendrá como resultado una configuración de cada sujeto. Bronfenbrenner & Ceci (1994) argumentan que el desarrollo en el transcurso de la vida es un proceso cada vez más complejo que puede evidenciarse en el modelo Proceso-Persona-Contexto-Tiempo (PPCT); modelo que puede servirnos para comprender también los sentimientos sociales, evitando quedarnos sólo en un entendimiento de la emoción; así, las emociones comprendidas desde su dimensión social, nos obligan a cambiar el lugar referencial que se centra en el yo individual y a situarlo en la esfera de la relación (Gergen, 1994).

Gergen (2006) nos habla de una responsabilidad relacional que genera una reflexión sobre la culpabilización individual y la subsiguiente comprensión cultural de los procesos humanos. Es decir, si recordamos algunos de los relatos notaremos cómo ellos, al escuchar al otro, sienten una especie de culpa sobre los actos que ellos mismos han cometido, al no medir las consecuencias; pero luego realizan una reflexión que los lleva a comprender tanto su comportamiento como el del otro, el de sus padres y el de la institución misma.

Por consiguiente esa visión relacional obliga a pensar en una lógica de construcción y significación conjunta. Este proceso que explica Gergen (2006) tiene tres aspectos importantes para lograr la transformación: los otros internos (otra voz en mi interior que me habla, reflexión), relaciones conjuntas (no eres tú o yo, sino nosotros) y realidades de grupo (vernos como representantes de grupos particulares y no como individuos aislados) (p. 336). Este proceso se aprecia en los participantes cuando están dentro de los centro y en el momento en que me cuentan su historia.

Las narraciones que se crean en el momento relacional movilizan los diálogos en una dirección de cambio de la realidad del sujeto, ya que los relatos de los otros son fáciles de comprender, involucran personas cercanas y generan una aceptación. El dialogar con el otro permite generar significados compartidos y patrones de intercambio que permitieron la transformación de las relaciones y de las prácticas.

Es a través de la palabra que se constituye el mundo; por tanto, es a través de las narrativas, de esos relatos, de los enunciados, de esos diálogos donde se dan a conocer las realidades simbólicas (valoraciones, significaciones, apreciaciones) que se tienen del mundo, viendo como la percepción se construye en la narrativa; y es la narrativa la que moldea la experiencia (Bruner, 1997). Además, al ver la realidad desde este punto, se entiende pues que es elaborada por cada sujeto desde el lenguaje y esto es lo que le permite dar cuenta de sí mismo a través de los demás que interactúan en su entorno (Pearce, 1994).

Por consiguiente cuando hablamos creamos realidad, siempre podemos encontrar o desarrollar alternativas; desde una perspectiva construccionista, las relaciones -y no los individuos- constituyen los fundamentos de la sociedad. De este modo los sujetos que participaron en esta investigación cobraron sentido en sus discursos desde lo relacional ya que esto les permitió construcción de nuevos conceptos.

Siguiendo esta idea y retomando a Bruner es necesario aclarar que el ser humano siempre va a construir y a de-construir los significados para así poder asimilar su realidad. Para esto es importante las narraciones y negociaciones en la construcción de los significados que realizamos como humanos; cada significado se inserta dentro de un marco referencial o contexto en un tiempo y en un momento preciso. Para Bruner se le entendía como “interpretación narrativa”, la cual se ocupa de “las intenciones o acciones humanas y de las vicisitudes y consecuencias que marcan su transcurso. Trata de situar sus milagros

atemporales en los sucesos de la experiencia y de situar la experiencia en tiempo y espacio” (Bruner, 1998, p. 25).

Lo anterior conduce a comprender cómo los significados se transforman a lo largo del tiempo; comprendiendo la importancia entonces del lenguaje, el sentido, las acciones y los complementos como elementos necesarios para que las relaciones humanas construyan los significados. De este modo se debe aclarar que el lenguaje es el que contiene el significado, el cual está incrustado en las pautas de acción humana que recaen en los contextos. En cuanto al sentido, se puede entender como el subproducto de la relación que permite que aparezcan, se mantengan y decaigan los significados en la coordinación (Gergen, 2006). Siendo los complementos la base para contextualizar al otro sobre lo que se está hablando, y por ende, las palabras que se utilizan en ese diálogo tienen un significado particular, es complemento ya que viene a ser parte de lo que otro responde.

La comunicación humana es una espiral de acciones y de palabras que cobran un sentido según lo guíe el contexto y el complemento (Gergen, 1996). De este modo, hablar sobre el consumo cobra sentido dentro del centro y no, al hablarlo con un familiar o un amigo; el hablar de experiencias tiene importancia en cuanto el otro está en las mismas circunstancias mías (participar en un programa de rehabilitación). Cada signo cultural está sujeto a la multiplicidad de los significados. De esta forma el lenguaje es polisémico, adquiriendo una gran escala de significados dependiendo del contexto y las relaciones en las que se utilice; es decir, en una relación cada acción debe ser suplementada por otro y, esta complementariedad reduce el campo de significado de las palabras que se están manejando (Gergen, 1996).

El tener una variedad de significados permite además, dejar de lado el problema de la exclusión, ya que existiría en el sujeto la posibilidad desde las relaciones de generarse una forma infinita, favoreciendo la construcción del

sentido y mantiene la unidad en la comunidad. Me refiero con esto a que los sujetos han logrado darle un nuevo sentido a su consumo; han logrado generar lazos distintos con sus familias o amistades, cambios en sus comportamientos; han reinventado para ellos maneras de seguir con su consumo, en ocasiones de formas divergentes en relación con el discurso institucional.

Camila, Mauricio, Jeison y Hernán han logrado negociar para lograr acuerdos consigo mismos y con los otros, tal como afirma Bruner (1998): “Por ambiguo o polisémico que sea nuestro discurso, seguimos siendo capaces de llevar nuestros significados al dominio público y negociarlos en él” (p. 29). Para evidenciar la importancia de la negociación Gergen (1996) afirma: “Para los construccionistas, sin embargo, el acento que se pone en la base contextual del significado y su continuada negociación a lo largo del tiempo, desplaza esta suposición tradicional. El intento de fijar el significado de un texto está equivocado” (p. 91).

Es por esto que se entiende que la vida es narrada a partir de relatos que tiene componentes como la identidad, las emociones, las acciones, los contenidos, los escenarios de la vida, las conversaciones, etc. Para Bruner y Gergen las narrativas se definen como aquellas que organizan y otorgan sentido y significado a las experiencias de los seres humanos; asimismo Gergen (1996) sostiene que las narrativas son “instrumentos incrustados en las secuencias conversacionales” (p. 234), son recursos culturales que cumplen un propósito social.

Autores como De Shazer (1999) aportan en sus postulados que las narrativas cuentan con estructuras lingüísticas que permiten la formación de los relatos; Contursi y Ferro (2000) por su parte, consideran que las narrativas se conforman por textos, los cuales a su vez tienen unidades estructurales conformadas por secuencias. De acuerdo con lo anterior, se podría interpretar que parte de los mecanismos que conforman las narrativas son los textos, integrados éstos por palabras, ordenados en determinadas secuencias y organizados por

guiones, argumentos o tramas; sin embargo, se considera que estos textos con sus tramas son sólo una parte de la obra narrativa. Se afirma que éstos se entretajan de formas impredecibles con otros procesos presentes en las interacciones humanas, en este sentido Bruner (1991) y Gergen (1996), por ejemplo, consideran que las narrativas emergen en la interacción con los otros.

Bruner (1991), postula que los relatos son inherentemente secuenciales; esto para Bruner implica que para comprender los relatos es necesario comprender la trama, la cual configura la narración y así se podrá dar sentido a los textos. Los textos y sus tramas además de describir y otorgar sentido y significado a la experiencia, sitúan dicha experiencia en un tiempo que puede ser pasado, presente, futuro o imaginario; los relatos poseen un atributo temporal (Ochs, 2000), lo que lleva a pensar que dicho atributo contribuye de manera significativa a la emergencia narrativa, en tanto que la temporalidad en que relatamos los sucesos de la vida será incluida en lo que decimos, contribuirá a los significados y hará parte del sentido atribuido a las realidades vividas.

Un ejemplo de esto es cuando Mauricio atribuye una reflexión a un momento de meditación en donde logra ponerse a él en una situación imaginaria y así mismo actuar. Esto trae como consecuencia un cambio en el presente.

Las narrativas resultan indisociables de una matriz de relaciones, ya que el contexto, el cual definiremos como aquel espacio y tiempo intencional y simbólico, en el que adquieren sentido las narrativas, se determina, por un lado, por los diversos niveles de interacción y significado de las relaciones vigentes, (familia, trabajo, escuela, etc.) y por otro, en las narrativas que circulan en dichos escenarios.

Bajo esta perspectiva la investigación mostró como la organización de las experiencias se dio partir de los relatos y de las relaciones; de este modo ellos crearon, trasformaron y cobraron el sentido de su experiencia desde la

multiplicidad de relatos gracias a la interacción de ellos con otros y conmigo como investigadora. Cabe aclarar que las interacciones con el mundo también se dan por intercambios simbólicos en el que la palabra no necesariamente está presente, como el hecho tan solo de escuchar o de tomar un café o fumarse un cigarrillo con los otros.

Es por esto que para los participantes de la investigación fue más significativo tener un diálogo con los otros dentro del centro que afuera, ya que los procesos conversacionales “ocurren desde acoples lingüísticos y emocionales entre los dialogantes, que validan experiencias y saberes invisibilizados de los actores sociales, y establecen conexiones significativas y novedosas en el relato” (Estupiñán, González y Serna, 2006, p. 62).

Igualmente, en los contextos se hallan presentes los procesos no conversacionales, los cuales se entre cruzan de manera circular y recursiva con los procesos conversacionales. Estos procesos tendrían que ver con las formas simbólicas de interacción presentes en los sistemas: acciones, pautas, patrones, ritos y mitos de los cuales no se habla, pero que hacen presencia constante en la cotidianidad y de alguna manera mantienen y trasforman las narrativas. Como lo son las miradas, los silencios, los gestos, las expresiones faciales. Esto lo comprendí cuando Claudia me comentaba que dentro del centro, de las cosas que más hicieron que ella pensara distinto era ver los rostros y las manos de los que estaban ahí adentro con ella, los sentía lejanos a ella pero le daba temor poder llegar a verse como esos otros.

Cuando ellos se reunían y hablaban de sus vidas no existía en sí una intención de terapia, de grupo de apoyo o de querer rehabilitar al que recién ingresaba. Ellos hablaban simplemente por querer compartir con alguien que seguramente no los juzgaría; el contenido de su mensaje era uno pero el sentido de este era otro y se definiría por los términos de la relación. El compartir su

historia hacia que el otro, por estar en el lugar que estaba, entendiera ese relato como un espejo, que le ayudaría a comprenderse dentro del consumo. Lo anterior indica que los relatos no sólo se configuran por la expresión verbal del significado y del sentido de la experiencia humana; se nutren además de las interpretaciones que se hacen de las manifestaciones simbólicas.

Bruner afirma (1991) que al observarse los escenarios de interacción de las personas “al mismo tiempo se encuentra poderosamente determinado por el tren de acciones en que ocurre” (p. 32). En otras palabras, los textos y sus tramas se alimentan de los contextos relacionales; así mismo se identifica que la dimensión de los textos y sus tramas contribuye de manera significativa a la constitución de dichos contextos relacionales, en tanto que existen determinadas formas de hablar o de argumentar la experiencia, o para el presente caso, de establecer diferentes formas de relaciones sociales (Shoter, 1993). Se presume que esta constante recursividad favorece la emergencia de ciertas narrativas, historias (dominantes y alternas) y memorias, las cuales construyen determinadas realidades, según tiempos y espacios concretos.

Los relatos que he retomado para la presente investigación se relacionan con la propia identidad y los múltiples yoes que interactúan entre sí y con otros contextos. Es decir que estos relatos hablan de la relación de cada sujeto con los acontecimientos vitales de su cotidianidad, dando cuenta de sí mismo, de sus características como personas, a las representaciones que tiene acerca de los sentimientos y creencias. Pero al mismo tiempo estos relatos nos muestran los significados y los sentidos de las prácticas cotidianas del sí mismo.

Hay igualmente algo realmente importante dentro de estos relatos que corresponde a las emociones de ese sí mismo. Dentro de sus palabras e historias encontramos memorias que están constantemente ligadas a significados y a sentidos dados en el mundo emocional. Es decir, si recordamos a Camila vemos como ella nos muestra sus miedos al ser descubierta al consumir, a ser juzgada,

la tristeza con su familia, al igual que Mauricio. En los relatos nos encontramos con emociones que brindan maneras de percibir la vida y en este sentido pueden transformarse a través de los relatos, como pueden permitirnos sentir empatía. Se podría decir que dependiendo de las comprensiones de la vida emocional emergen ciertos relatos que orientan la comprensión del mundo. Esto se evidencia mucho más claramente en el momento en que se analiza la relación del sujeto con la familia.

La familia es un referente importante para la construcción de los relatos, desde la relación con ellos hay memorias, hay experiencias, hay historias, sentimientos. En casi todos los relatos encontramos que ellos entran a ser parte de las instituciones por la familia, o que la presión más fuerte para dejar de consumir la tiene por parte de sus familias, o sus emociones más fuertes vienen de los problemas que tienen o tuvieron con sus familias por el consumo de SPA. La familia es un referente importante en la construcción de los relatos, ya que son patrón que conecta a la familia y sus miembros, en la construcción de sus identidades, de sus experiencias vitales y formas de acción y relación de cada uno entre sí, en su ecología social mayor de prácticas discursivas/relacionales (Estupiñán, González y Serna, 2006, p. 59).

La comunicación resulta importante entre iguales, como hemos desarrollado en el transcurso del capítulo; por tal razón es que la familia no genera la resonancia que ellos desean los sujetos consumidores. Ya que la familia representa una doble vía por un lado son quienes generan más sentimientos y memorias pero a la vez son quienes también desean controlar, cambiar y vigilar el consumo. Es decir no existe una empatía muy fuerte con los otros participantes de la institución pero la posibilidad de ser iguales y no buscar nada del otro es la que crea y construye realidades distintas.

En esta investigación se pretendía establecer las formas de relación entre las narrativas elaboradas en el ámbito institucional de la fundación frente al

fenómeno de la adicción y la construcción de las narrativas de los sujetos intervenidos. Sin embargo, lo que se encontró fue que las narrativas son una co-construcción, co-creación de narrativas del yo con el otro que es igual a mí. Sin más autoridad que la propia, “solo la vida como la estamos viviendo y que solo entre nosotros entendemos”, sea esto “para bien” o “para mal”.

El mundo no es independiente de las versiones que se tengan de él, ya que estas versiones son producidas por la mente. Pero las “creaciones” de mundos parten de otros mundos anteriormente contruidos y no de concepciones antiguas y ajenas. Camila, Mauricio, Jeison y Hernán están construyendo un nuevo mundo a partir de su mundo anterior y a través de sus experiencias en el presente. “Al final abrigo la esperanza de poder fundamentar que es mucho más importante, para apreciar la condición humana, comprender las maneras en que los seres humanos construyen sus mundos, que establecer la categoría ontológica de los productos de esos procesos. Porque mi convicción ontológica central es que no existe una realidad “antigua u original” con la que se puede comparar un mundo posible a fin de establecer alguna forma de correspondencia entre ese mundo y el mundo real” (Bruner, 1986, p. 55).

Al ser seres sociales, estamos constantemente interactuando con el otro, con el mundo y con nosotros mismos, la existencia humana está determinada por la comunicación, y así mismo el significado que emerge de un dialogo (ya sea entre varios, o con uno mismo) y es eso lo que permite a las personas seguir o no en el consumo de SPA.

Los sujetos han concluido que es tabú el consumo de SPA en exceso y que así mismo representa un inconveniente para poder construir una cotidianidad. Al igual que para ellos el consumo se considera algo normal dentro de los parámetros contextuales de una sociedad como la bogotana, siendo el problema lo que a la sociedad se le ha dicho que debe considerarse frente al consumo y las drogas. Es un tabú el consumo tanto consciente como no consciente.

A pesar de los cambios que surgieron en los participantes, siguen siendo considerados para la sociedad un problema; al seguir con su consumo. Para ellos sí hubo cambios significativos que tuvieron lugar con su experiencia pero para ellos, para el otro no existen dichos cambios al seguir existiendo aquello que es problema: el consumo de SPA que trae consigo ese ser peligroso y enfermo.

Para los resultados de la presente investigación los centros de rehabilitación no generan la función por la cual están estructurados, consecuencia de esto es que los casos aquí analizados continuaron con el consumo. Lo que me lleva a pensar en la posibilidad de poder repensarse estas instituciones desde la innovación de sus tratamientos, enfocándose en las relaciones que se dan dentro de estas y propuestas versátiles que no adjudiquen una sola verdad. En cambio, que le de espacios a la diversidad, a la promoción de nuevas prácticas frente al consumo, al intercambio por medio del diálogo, situando a los consumidores como agentes activos de su propia realidad.

Los programas de los centros de rehabilitación no funcionan para los participantes, ya que no consideran la terapia desde un punto de vista conversacional real y contextualizado, como lo plantea la visión narrativa. La posibilidad de conversar nos aleja de una visión de un sistema social fijo y nos permite comprender que en las relaciones se dan sistemas intersubjetivos que fluyen para la construcción de diversos significados.

De este modo, yo, como investigadora también ejercí un cambio al hablar con ellos; ya que por medio de nuestros encuentros, la comprensión del otro frente a sus cambios dio lugar a la transformación de las historias y del presente por medio del diálogo y del relato, dándole lugar a nuevas historias.

La posibilidad de poder crear posibles conversaciones a partir de las narraciones existentes es lo que nos transforma en narradores cambiantes y de la

misma forma en cambiantes hacedores del mundo. La comprensión que pueda tenerse del cambio no es sino la transformación de la historia y del presente por medio del diálogo y del relato de nuevas historias, como hemos venido analizando. Es por eso que se necesitaría transformar los centros en nuevas figuras que trabajen el tema del consumo y la adicción desde otros abordajes.

El poder hablar con otro en relaciones más horizontales y en una situación de equidad puede comprenderse como un ejercicio terapéutico si se entiende que la narración en sí pasa a ser una nueva historia y un nuevo presente que es más tolerable, coherente y continuo de lo que permitían las narraciones anteriores. Las transformaciones de los sujetos desde el diálogo se da por estar centrados desde el ser y desde el devenir de una pasado histórico cambiante; hubo un cambio en las auto-narrativas del *self* y, en consecuencia, una información de agente y de intención, es decir del *self* y del contexto. El ser humano tiene la capacidad de ser agente de sus propios actos, ya que somos seres creadores de significados e intérpretes de nuestro propio *self*. Las narraciones nos proveen de intenciones, de esperanzas, de deseos, de entendimientos y de desentendimientos.

Realizando esta investigación me encontré con un grupo de personas que promovía un proyecto bastante interesante; “*Échele cabeza*” se llamaba. *Échele cabeza cuando se da en la cabeza* es una iniciativa piloto que busca generar y difundir información sobre las SPA para la reducción de riesgo y mitigación de daño, orientada a promover y fortalecer la capacidad de decisión y de respuesta de población joven vulnerable y no vulnerable frente al consumo, así como la generación de prácticas de autocuidado hacia personas usuarias no problemáticas de SPA. Es entonces una estrategia que busca estimular una cultura de la gestión del riesgo y del placer, sin importar de las prácticas que puedas llevar en tu vida; es decir, no interesa si eres de alguna cultura urbana, o si te gusta cierto tipo de música, o si eres de algún estrato social; tampoco importa tu identidad sexual, de género o tu edad.

Este proyecto aborda la noción del consumo desde un punto de vista más horizontal con los usuarios frecuentes de SPA, se posicionan desde la idea de que existe un consumo en la ciudad de Bogotá, que es normal y que cualquiera puede llegar a hacerlo. De este modo buscan romper con el tabú del consumo, el control sobre el consumidor, la idea de enfermedad y de peligro; la vigilancia y el control. La idea es que cualquier persona no consumidora cuente con argumentos reales, veraces y objetivos para empezar el consumo o no, y que los consumidores, a partir de un ejercicio de autorregulación fortalecido por la disponibilidad de información sin sesgo, eviten incurrir en comportamientos que amplíen sus rangos de vulnerabilidad frente a los diferentes riesgos y daños asociados al consumo de SPA, con transición a condiciones de dependencia o problemáticas.

Esta idea de cuidado del sí, es muy similar a las que encontramos en los relatos de los participantes. Es un hecho que existe el consumo, pero parte de la transformación de realidad que se da es que ellos se consideran conscientes de su consumo, logrando medir el daño y las consecuencias. Esta propuesta me resulta interesante, ya que la manera en que ellos realizan su trabajo es promoviendo el autocuidado en contextos de ocio y de fiesta, por medio de la elaboración de diagnósticos participativos de consumo, de participación y de divulgación de información, de apertura de zonas de recuperación, de servicios de análisis de sustancias y de divulgación de alertas tempranas.

Espacios como estos podrían tener mucho más éxito en el tema de los SPA ya que ponen en diálogo constante las formas en que nos posicionamos frente a un fenómeno como el consumo y la adicción, rompe con esquemas de anormalidad. Espacios como estos quizá permitan comprender al ser humano como agentes conscientes, intencionales, que se co-crean a sí mismos y a su entorno en una permanente interacción comunicativa con los demás; esta creación continua de significado y de realidad es un fenómeno intersubjetivo que se basa y es parte del diálogo y de la interacción simbólica que hemos podido observar en el presente trabajo.

La vida es una narración compartida.

BIBLIOGRAFÍA

Agudelo Bedoya, María Eugenia; Estrada Arango, Piedad (2012) "Constructivismo y construccionismo social: algunos puntos comunes y algunas divergencias de estas corrientes teóricas". *Prospectiva* No. 17 (nov.), pp. 353-378.

Anderson, Harlene (1997). *Conversación, lenguaje y posibilidades*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bateson, Gregory (1993). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.

Domínguez, Elsy y Herrera, José (septiembre-diciembre 2013). *La investigación narrativa en psicología: definición y funciones*. En *Psicología desde el caribe*. Vol. 30, n.º 3 (ISSN 0123-417X), p.620-641.

Gastón, B (1988). *La formación del espíritu científico*. México: Siglo XXI.

Gergen, Kenneth (1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.

Gergen, K. (2006). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós

Goolishian A, Harold y Andreson (2002). "Narrativa y self. Algunos dilemas posmodernos de la psicoterapia". En: Fried, Schnitman Dora (comp.) *Nuevos paradigma, culturas y Subjetividades*. Buenos Aires: Paidós.

Guattari, Felix (2002). "Diálogo en la noción de sujeto de Edgard Morin. En Fried, Schnitman Dora (comp.). *Nuevos paradigma, culturas y subjetividades*. Buenos Aires: Paidós.

Hoffman, Lynn (1999). Comentario al artículo: el diseño de terapias constructivas en salud mental comunitaria, en: *Sistemas Familiares*, Buenos Aires, No. 15.

Pearce, B. (2002). "Nuevos modelos y metáforas comunicacionales". En: Schnitmann, F. (Ed.) *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 265-283). Buenos Aires: Paidós.

Schnitzler, Arthur (1903). *La ronda*. Reigen. Zehn Dialoge).

Organización Mundial de la Salud -OMS (1994) *Glosario de términos de alcohol y drogas*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo, Centro de Publicaciones.

Organización Mundial de la Salud –OMS y Organización Panamericana de la Salud, (OMS Y OPS, 2003). *Clasificación estadística internacional de enfermedades y problemas relacionados con la salud*. Décima revisión. Vol. 2 Ginebra: OMS. Disponible en: <http://ais.paho.org/classifications/Chapters/pdf/Volume2.pdf>

Colombia, República de; Ministerio de Justicia y del Derecho; Observatorio de Drogas de Colombia; Ministerio de Salud y de Protección Social (Colombia, 2014). *Estudio nacional de consumo de sustancias psicoactivas de Colombia - 2013*. Bogotá: Minjusticia, Minsalud, Observatorio de Drogas. Sitio Web: https://www.unodc.org/documents/colombia/2014/Julio/Estudio_de_Consumo_UNODC.pdf

Jubés, B.; Laso, Esteban, y Ponce, Álvaro (1995). Constructivismo y construccionismo: los extremos de la cuerda floja [Versión digital]. Disponible en: <http://estebanlaso.com/pdfs/constructivismo-construccionismo.pdf>. Consultado: 10 de junio de 2010.

McNamme, Sheila y Gergen, Kenneth (1996). *Terapia como construcción social*. Barcelona: Paidós.

Munné, F. (1999). Constructivismo, construccionismo y complejidad: la debilidad de la crítica en la psicología construccionista. *Psicología Social*, 2-3 (14), pp. 131-144.

Parica Ramos, Amariles Taina; Liendo, Bruno y Ospina, Abancin (2005). Teoría del constructivismo social de Lev Vygotsky y comparación con la teoría Jean Piaget [Versión electrónica]. Disponible en: <http://constructivismos.blogspot.com/>. Consultado: 24 de junio de 2011.

Pearce, W.B (2010). *Comunicación interpersonal. La construcción de mundos sociales*. Bogotá: Universidad Central.

Rodríguez Villamil, H. (2008). Del constructivismo al construccionismo: implicaciones educativas. *Educación y Desarrollo Social*, 1 (2), pp. 71-89.

Segal, L. (1986). *The Dream of Reality*. New York: W. W. Norton & Co.

Shotter, J. (s.f.). Biografía [Versión electrónica]. Disponible en: <http://www.grupocamposeliseos.com/CVs/JohnShotterCV.html>. Consultado: 26 de mayo de 2011.

Von Foerster, H. (1991). *Las semillas de la cibernética, obras escogidas*. Edición de Marcelo Packman. Barcelona: Gedisa.

Von Foerster, H. (1998). *Sistémica elemental*. Medellín: Eafit.

Von Glasersfeld, E. (1988). *Introducción al constructivismo radical*. Barcelona: Crítica.

Vygotsky, Maturana, Piaget, Morin, Glaseferd y Watzlawick [Revista virtual]. Disponible en: http://www.infoamerica.org/teoria/teoricos_uno.htm. Consultado: 24 de junio de 2011.

Watzlawick, P. *et al* (1998). *La realidad inventada*. Buenos Aires: Gedisa.

ANEXO